

El Sermón del Monte



El Sermón del Monte

VidaEsperanzaVerdad

Esta publicación no es para la venta. Es un material educativo gratuito producido por la Iglesia de Dios, una Asociación Mundial.

© 2023 Iglesia de Dios, una Asociación Mundial
Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la
versión Reina-Valera, revisión de 1960

Autores: Mike Bennett, John Foster, Mike Hanisko, Jack Hendren, Dave Johnson, Erik Jones, Cecil Maranville, Bill Palmer and Joshua Travers

Equipo de revisión: Peter Hawkins, Jack Hendren, Don Henson, Chad Messerly

Comité doctrinal: John Foster, Bruce Gore, Don Henson, Doug Johnson, Larry Neff

Diseño: David Hicks

Contenido

5	Introducción: ¿cuán importante es el Sermón del Monte en la actualidad?
8	Las Bienaventuranzas: ocho claves para ser bendecidos por Dios
20	“La sal de la tierra”
24	“La luz del mundo”
28	Jesús y la ley
34	“Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo”
38	Cómo adorar a Dios en privado
44	“Y cuando ores”
52	“Donde está tu tesoro”
58	“No os afanéis por vuestra vida”
64	“No juzguéis, para que no seáis juzgados”
70	La regla de oro
76	“Estrecha es la puerta”
86	“Por sus frutos”
92	Edificad sobre la Roca

¿Cuán importante es el Sermón del Monte en la actualidad?

Hace casi dos mil años, sentado en una ladera, Jesús enseñó cómo deben vivir sus seguidores. El Sermón del Monte sigue siendo un mensaje fundamental para los cristianos en la actualidad.

Probablemente es la enseñanza moral más conocida de la historia. Las palabras de Jesucristo que aparecen en Mateo 5, 6 y 7 se conocen comúnmente como “El Sermón del Monte”. ¿Por qué? Porque en esa ocasión, Jesús “subió al monte” (Mateo 5:1) para dar su mensaje.

En el Sermón del Monte encontramos la mayor concentración de enseñanzas directas de Jesucristo en el Nuevo Testamento. Su contenido aborda y explica los principios más importantes y fundamentales del verdadero cristianismo.

Según John R.W. Stott: “El Sermón del Monte es probablemente la parte más conocida de la enseñanza de Jesús, aunque podríamos suponer que es la parte que menos se comprende y seguramente la que menos se obedece” (*El Sermón del Monte*, p. 11).

El sermón más relevante de la historia

El Sermón del Monte es relevante para cualquier persona, en cualquier época de la historia. Su practicidad lo hace extraordinario e increíblemente importante. Ya que este sermón expone las enseñanzas más fundamentales del verdadero cristianismo, creemos que su mensaje es vital para el mundo actual. Si todos aplicáramos sus enseñanzas más básicas, podríamos encontrar la solución para algunos de los mayores problemas de la humanidad.

En el Sermón del Monte encontramos las claves para erradicar la guerra y la violencia, restaurar relaciones, experimentar la felicidad verdadera y desarrollar una relación cercana con nuestro Creador.

El mundo en general continuará ignorando las enseñanzas de Cristo en el Sermón del Monte, pero usted no tiene por qué cometer el mismo error.

Usted puede leerlo, comprenderlo y aplicarlo en su vida, y luego cosechar los beneficios y las bendiciones que se producen al practicarlo.

Si aplica estos principios de vida prácticos, reducirá la tensión y el conflicto en su vida, contribuirá a sanar sus relaciones, aumentará su verdadera felicidad y, lo que es más importante, desarrollará una relación más profunda con Dios.

Registrado por Mateo y Lucas

En Lucas 6:20-49 encontramos una versión abreviada del Sermón del Monte. Notará pequeñas diferencias entre ambos relatos, ya que cada autor fue inspirado a enfocarse en diferentes aspectos de la vida y las enseñanzas de Cristo. Al reunir estos dos pasajes complementarios, tendremos un excelente esquema de los temas que Jesús trató al comienzo de su ministerio.

Debido a que el registro de Mateo es más extenso que el de Lucas, usaremos éste para identificar los mensajes fundamentales que Jesucristo dio a su audiencia en ese entonces y a nosotros en la actualidad.

Resumen del Sermón del Monte

En este folleto analizaremos cada sección del Sermón del Monte.

Estos son los temas principales del sermón y algunas preguntas esenciales para nuestro estudio:

- **Las Bienaventuranzas** (Mateo 5:2-12). Una descripción de las características que nos conducen a bendiciones y felicidad. ¿Cómo puede aplicar las Bienaventuranzas en su vida?
- **Cómo ser un cristiano** (Mateo 5:13-16). Jesús compara a los cristianos con la sal y la luz. ¿Qué significan estas metáforas?
- **La ley de Dios y los cristianos** (Mateo 5:17-20). ¿Son los Diez Mandamientos relevantes para los cristianos del Nuevo Pacto?
- **Cómo aplicar el espíritu de las leyes del Antiguo Testamento en la actualidad** (Mateo 5:21-48). ¿Cómo podemos ir más allá de la letra y aplicar el espíritu de las leyes que Dios nos dio?
- **El cristiano y las buenas obras** (Mateo 6:1-4). ¿Deberíamos dar para que otros nos vean o por una razón más profunda?
- **La forma correcta de orar y ayunar** (Mateo 6:5-18). ¿A quién y de qué manera debemos orar? ¿Cuál es el enfoque correcto de un ayuno?

- **Tesoros físicos vs. tesoros espirituales** (Mateo 6:19-24). ¿Dónde debe estar el corazón de un cristiano para servir realmente a Dios?
 - **La clave para vencer las preocupaciones y la ansiedad** (Mateo 6:25-34). ¿Cómo pueden la confianza en Dios y las prioridades correctas liberarnos de las preocupaciones que nos agobian?
 - **La manera correcta de juzgar a otros** (Mateo 7:1-6). ¿Qué debemos hacer para evitar convertirnos en jueces severos y críticos de otros?
 - **La manera correcta de buscar a Dios y vivir la regla de oro** (Mateo 7:7-12). ¿Cómo podemos expresarle de una manera apropiada nuestras necesidades y deseos a Dios? ¿Cómo podemos aplicar la regla de oro?
 - **Cómo distinguir el camino de Dios de todo lo demás** (Mateo 7:13-23). ¿En qué podemos basarnos para discernir las diferencias entre los caminos y los frutos del verdadero y el falso cristianismo?
 - **El fundamento acerca del cual un cristiano debe construir su vida** (Mateo 7:24-27). ¿Cómo construir un fundamento que permanezca fuerte durante las tormentas de la vida?
- Ahora analicemos el Sermón del Monte para descubrir lo que Jesucristo dijo y cómo podemos aplicar sus palabras en nuestra vida.



1 Las Bienaventuranzas

Ocho claves para ser bendecidos
por Dios

Jesucristo nos dio claves, conocidas como “las Bienaventuranzas”, para recibir bendiciones de Dios. ¿Cómo podemos aplicarlas para experimentar el verdadero gozo en nuestra vida?

Jesús comenzó su Sermón del Monte con una lista de ocho principios espirituales que nos guiarán a la verdadera felicidad. Estos son:

1. **Bienaventurados los pobres en espíritu**, porque de ellos es el reino de los cielos.
2. **Bienaventurados los que lloran**, porque ellos recibirán consolación.
3. **Bienaventurados los mansos**, porque ellos recibirán la tierra por heredad.
4. **Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia**, porque ellos serán saciados.
5. **Bienaventurados los misericordiosos**, porque ellos alcanzarán misericordia.
6. **Bienaventurados los de limpio corazón**, porque ellos verán a Dios.
7. **Bienaventurados los pacificadores**, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
8. **Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia**, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo (Mateo 5:3-11).

¿Qué significa la palabra *bienaventuranzas*?

Estos rasgos espirituales de carácter se conocen como las *Bienaventuranzas*, del latín feliz o bienaventurado, ya que cada versículo comienza con la palabra *bienaventurado* (Mateo 5:3-11).

En griego, la palabra que se utiliza es *makarios*, que significa “feliz, bendecido; como sustantivo describe a una persona que recibe favor divino” (*Mounce Concise Greek-English Dictionary* [Diccionario conciso griego-inglés de Mounce]).

Barclay's Daily Study Bible [Biblia de estudio diario de Barclay] analiza con más profundidad esta palabra que inicia cada una de las bienaventuranzas:

“*Makarios*... describe la clase de gozo que esconde su propio secreto, ese gozo sereno e inalterable, un gozo autosuficiente; ese gozo que es completamente independiente del azar y los cambios de la vida... La felicidad humana depende de las circunstancias y los cambios de la vida; es algo que la vida puede dar y también destruir.”

Barclay explica que la *bienaventuranza* descrita en el libro de Mateo es mucho más permanente que la felicidad temporal:

“La bienaventuranza cristiana es completamente intocable e inexpugnable. ‘Nadie’, dijo Jesús, ‘os quitará vuestro gozo’ (Juan 16:22). Las bienaventuranzas hablan de ese gozo que nos acompaña en medio del sufrimiento, ese gozo que la tristeza y la pérdida, que el dolor y la aflicción, no pueden tocar; ese gozo que brilla a través de las lágrimas y que nada en la vida o la muerte nos puede quitar”.

Entonces, la bendición que llega como resultado de aplicar las bienaventuranzas trasciende nuestras circunstancias de la vida y proviene de una relación profunda con Dios —no de las circunstancias de la vida.

John R.W. Stott también explica que *makarios* no se enfoca en nuestro estado emocional temporal: “todos los cristianos podemos atestiguar, a partir de la propia experiencia, que existe una conexión íntima entre la santidad y la felicidad. No obstante, es un grave error interpretar *makarios* como ‘felices’. Porque la felicidad es un estado subjetivo, en tanto que Jesús está haciendo un juicio objetivo acerca de estas personas. No está declarando cómo se sienten (‘felices’), sino cómo las considera Dios y lo que son por eso: ‘bienaventuradas’ o ‘benditas’” (*El Sermón del Monte*, p. 33).

El patrón de las Bienaventuranzas

Las ocho bienaventuranzas siguen un patrón o estructura:

1. La declaración de una bendición de felicidad (“**Bienaventurados** los...”).
2. Una característica que debemos desarrollar en nuestra vida para ser bendecidos (“...**pobres en espíritu**”).
3. La descripción de un aspecto del Reino de Dios con el cual la persona será bendecida (“...**porque de ellos es el reino de los cielos**”).

La *Biblia de estudio de NKJV* describe esta estructura de tres partes de la siguiente manera: “Las Bienaventuranzas se componen de tres elementos: una declaración de bendición, una cualidad y una razón por la que el receptor debería considerarse bendecido. El primer elemento se encuentra en la palabra *bienaventurado* (vea Salmos 1:1), que introduce cada bienaventuranza. El segundo elemento no describe a diferentes grupos de personas, sino una imagen compuesta de la clase de persona que heredará el reino de Jesucristo. El tercer elemento anticipa algún aspecto del reino venidero” (nota de Mateo 5:3-12).

Después de cada cualidad espiritual, Cristo menciona el resultado que producirá —la bendición que traerá. Estas bendiciones se cumplirán totalmente en el Reino de Dios, pero también implican algunos beneficios en esta vida.

Algunas de ellas parecen contradictorias a primera vista. ¿Cómo puede alguien que llora o es perseguido considerarse bendecido o feliz? Analicémoslo con más profundidad.

¿Cómo podemos alcanzar la verdadera felicidad?

La persona promedio que vive en una nación desarrollada disfruta hoy en día de un nivel de comodidad y seguridad desconocidos para aquellos que vivieron en siglos anteriores. En comparación con las personas que viven en los países más pobres, las personas que viven en las naciones más ricas tienen acceso a una gran cantidad de recursos, servicios públicos, oportunidades, comodidades y servicios.

Pero ¿es la prosperidad la fuente de una paz y felicidad perdurables? Lamentablemente, no. Los sentimientos de frustración, vacío e insatisfacción son muy comunes en el mundo.

¿Por qué la gente que tiene tanto se siente tan descontenta?

Además de buscar la felicidad, la gente quiere una vida pacífica. La búsqueda de la paz, la felicidad y el bienestar propicia una actitud de autoayuda. Muchas personas deciden añadir ejercicio, relajación y pensamiento positivo a sus vidas. Otros han encontrado emoción o alivio temporal en los estimulantes y los antidepresivos.

Pero ni la autoayuda ni las drogas y el alcohol nos pueden dar el acceso a la fuente de la verdadera felicidad.

Estas cosas pueden ofrecernos alivio temporal del descontento, pero no nos ofrecen la felicidad verdadera y duradera que produce la bendición de Dios, porque ignoran la dimensión espiritual que es la base de todo. Cristo reveló esa dimensión espiritual en las Bienaventuranzas.

Las Bienaventuranzas nos muestran las cualidades espirituales del carácter, las cuales producen un estado de gozo que persiste independientemente y a pesar de las circunstancias. La verdadera felicidad resulta de desarrollar estas cualidades en nuestro interior. Es por eso que producen una felicidad profunda, la cual trasciende las circunstancias externas.

¿Qué nos enseñan las Bienaventuranzas?

Analiquemos brevemente cada una de las ocho Bienaventuranzas.

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”

Esta Bienaventuranza nos enseña que la verdadera felicidad no se basa en sentimientos de autosuficiencia y autoestima.

Una persona “pobre en espíritu” es lo suficientemente humilde como para reconocer su incapacidad en comparación con Dios. Es una persona dispuesta a someterse completamente al poder de su Creador.

El apóstol Pablo, por ejemplo, reconocía su debilidad y dependencia de Dios (2 Corintios 12:9). Pero su confianza en Dios también le permitía ser valiente y predicar con denuedo (2 Corintios 10:1; Filipenses 4:13).

En lugar de compararse con otros, los pobres en espíritu se comparan con Dios. Esto les ayuda a desarrollar una humildad sana y vencer los sentimientos de arrogancia y egocentrismo (Job 42:5-6; Salmos 39:4-7).

Aquellos que son pobres en espíritu no tienen ilusiones de orgullo y arrogancia. Reconocen sus errores personales y su fragilidad humana. Se relacionan con Dios como seres que dependen de Él, lo ven como la fuente de todas las cosas. Ponen su confianza en Dios, no en sí mismos ni en los demás.

En Isaías 66:2, Dios describe a los “pobres en espíritu” con palabras diferentes: “pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”.

Esa confianza será bendecida, y quienes la tengan encontrarán la plenitud sirviendo con Jesucristo en su Reino.

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”

Esta bienaventuranza nos enseña que a veces los cristianos sienten tristeza. Llorar no es un indicativo de debilidad espiritual.

Hay muchas razones por las que un cristiano podría llorar:

- **Arrepentimiento de sus pecados.** El arrepentimiento —el proceso de confesar nuestros pecados a Dios y seguir su camino de vida— es un proceso que implica introspección (Salmos 51). Comienza con una tristeza que proviene de Dios y conduce al cambio verdadero (2 Corintios 7:9-11).
- **Tristeza por los pecados del mundo.** “Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley” dijo el salmista en Salmos 119:136. Es difícil vivir en un mundo tan opuesto al camino de Dios, pero Dios protegerá a quienes gimen y claman por los pecados del mundo (Ezequiel 9:4).

- **Luto por la pérdida de un ser querido y compasión por quienes han perdido a alguien.** La muerte de un ser querido es algo muy doloroso y Pablo nos dice que debemos “[llorar] con los que lloran” (Romanos 12:15; vea también 1 Corintios 12:26). A Cristo le conmovió la tristeza de quienes lloraban la muerte de su amigo Lázaro (Juan 11:33-36). Y también tuvo compasión de una viuda que había perdido a su hijo (Lucas 7:12-13).
- **Compasión por quienes sufren.** Muchos pasajes en la Biblia muestran que Jesús tuvo compasión por la gente (Mateo 9:36; 14:14; 15:32; 20:34), y nosotros deberíamos seguir su ejemplo.

Dios es el “Dios de toda consolación” y Él nos promete que algún día toda la tristeza desaparecerá (2 Corintios 1:3; Apocalipsis 21:4).

Dios nos ofrece mucho consuelo a través de su plan, el cual incluye el perdón de nuestros pecados (que nos consuela si nos dolemos por ellos), el regreso de Jesucristo (que solucionará los problemas del mundo y el sufrimiento provocado por ellos) y la resurrección de los muertos (que nos da la esperanza de volver a ver a quienes han muerto).

Conocer el plan de Dios es una gran bendición, y la esperanza que nos ofrece debería ser una gran fuente de consuelo.

“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”

Esta bienaventuranza nos muestra que la verdadera felicidad llega cuando nos sometemos al gobierno y la soberanía de Dios. Para un cristiano, la mansedumbre se trata de dejar todo en manos de Dios y ponerse por completo a su disposición.

Dios no trabaja con los soberbios y altivos (Sofonías 3:11-12). La mansedumbre es una característica de quienes buscan aprender y seguir el camino de Dios (Salmos 32:8-9).

Pero es importante tener en cuenta que la mansedumbre no es debilidad. Debemos ser fuertes y valientes, pero al mismo tiempo controlar esas cualidades sometiéndonos a Dios y permitiendo que Él dirija nuestra vida.

También deberíamos ser mansos con los demás. *Expositor's Bible Commentary* [Comentario bíblico del expositor] anota: “Ser manso para con otros implica estar libres de malicia y de un espíritu vengativo”.

Jesucristo además dijo que los mansos “recibirán la tierra por heredad”. Esto destaca una verdad que muchos no comprenden: el plan de Dios es

que su pueblo herede una tierra renovada y restaurada, no que se vaya al cielo. La Biblia nos dice: “El justo no será removido jamás; pero los impíos no habitarán la tierra” (Proverbios 10:30).

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”

Esta bienaventuranza nos muestra lo más importante para tener felicidad verdadera: la justicia.

Existe sólo un estándar de justicia que debería interesar a los cristianos: la justicia de Dios. La justicia de Dios debería ser nuestra mayor prioridad y algo que buscamos activamente (Mateo 6:33). Deberíamos buscarla de la misma forma en que procuramos la comida y la bebida —como si nuestra vida dependiera de ello.

Salmos 119 nos aclara la definición bíblica de justicia: “todos tus mandamientos son justicia” (v. 172).

Cuando tenemos hambre y sed, buscamos satisfacer esas necesidades. El hambre incluso puede llegar al punto de abarcar todos nuestros pensamientos. Dios sabe que la humanidad tiene un vacío que no puede llenar por sí sola; pero Él nos ayuda a llenarlo si se lo permitimos (Salmos 107:9).

Quienes se comprometen con el camino de Dios, se arrepienten, son bautizados y les son impuestas las manos, recibiendo así el Espíritu Santo (Hechos 2:38). El Espíritu Santo se describe como “una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4:14).

Dios no es un Dios distante y severo. Cuando nosotros sentimos hambre y sed de justicia, Él trabaja con nosotros para que podamos alcanzar nuestro objetivo (Isaías 55:1-3).

(El camino hacia el bautismo no es complicado, pero requiere de compromiso. Vea nuestro artículo “¿Qué es el bautismo?” para más información acerca de este importante tema.)

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”

Esta bienaventuranza nos muestra que la verdadera felicidad viene cuando somos misericordiosos con otros y cuando recibimos misericordia de Dios.

Una de las características más predominantes de Dios al bregar con los seres humanos es su misericordia. La misericordia es parte de todo lo que hace (Salmos 145:8-9). Y dado que la misericordia es una parte tan

importante del carácter de Dios, quienes tienen hambre y sed de justicia también necesitarán desarrollar esta cualidad.

Cristo nos dice: “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lucas 6:36). Y también dijo que la misericordia es una de las cosas “más [importantes] de la ley” (Mateo 23:23).

Ser misericordioso es ser amable, compasivo y perdonar a alguien que nos ofendió cuando podemos hacer lo contrario. También significa esforzarnos por tener empatía y comprender los sentimientos de los demás, incluso cuando no estamos de acuerdo con su razonamiento o decisiones.

La misericordia trae felicidad porque es un principio vital para fomentar y sanar nuestras relaciones con otras personas. Quienes no sienten misericordia tendrán relaciones conflictivas y dañadas.

Otro aspecto clave de la misericordia es actuar. Los misericordiosos no se quedan sentados cuando ven una necesidad; tampoco se limitan a ofrecer consejo cuando ven a una persona dolida. En cambio, toman la iniciativa y ayudan activamente.

Uno de los mejores ejemplos de misericordia es el del buen samaritano (Lucas 10:25-37).

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”

Esta bienaventuranza nos muestra que la verdadera felicidad proviene de una vida caracterizada por la pureza —un corazón limpio, sin contaminación y moralmente puro— y no por la inmoralidad.

Nuestras acciones son muy importantes para Dios, pero la motivación que hay detrás de esas acciones también le importa. Dios pone mucha atención a lo que hay en nuestros corazones, lo que sólo Él puede ver (1 Samuel 16:7).

Puede haber pecado dentro de nuestro corazón. Jesucristo por ejemplo magnificó el mandamiento acerca del adulterio diciendo: “cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28). Los de limpio corazón son sinceros en su deseo y sus esfuerzos por adorar a Dios (Mateo 15:8-9).

Necesitamos ir a Dios como lo hizo el rey David, suplicando: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Salmos 51:10).

El privilegio de ver a Dios se le concederá eventualmente a un grupo de personas: quienes son santos y puros a los ojos de Dios. Como escribió el

rey David: “¿Quién subirá al monte del Eterno? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón” (Salmos 24:3-4).

Y el apóstol Juan dice: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios... Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:1-3).

Tener un corazón limpio es una característica muy importante porque nos permitirá entrar en la familia de Dios y tener una relación eterna con nuestro Dios creador.

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”

Esta bienaventuranza nos enseña que la verdadera felicidad viene cuando estamos en paz con los demás y con Dios.

Algunas de las claves más importantes para ser pacificadores ya fueron mencionadas en las seis bienaventuranzas anteriores. Para convertirnos en pacificadores necesitamos: ser pobres en espíritu, lamentarnos por nuestros pecados y el sufrimiento de otros, ser mansos, tener hambre y sed de justicia, ser misericordiosos y tener un corazón limpio.

Para Dios, un pacificador es quien vive de tal manera que trae paz a los demás. Un pacificador no sólo evita el conflicto, sino que también se esfuerza por producir el mayor bien posible para los otros.

Para dar paz a otros, es esencial que los pacificadores practiquen la paz en su vida. La verdadera paz se obtiene a través de la obediencia a la justa ley de Dios: “Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo” (Salmos 119:165). Escuchar y obedecer a Dios nos da paz.

“Cuando los caminos del hombre son agradables al Eterno, aun a sus enemigos hace estar en paz con él” (Proverbios 16:7). Seguir a Dios de la manera que a Él le agrada produce paz a largo plazo. La verdadera paz resulta del trabajo de su Espíritu Santo en nosotros (Gálatas 5:22).

Como cristianos, Dios espera que busquemos la paz: “Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres” (Romanos 12:18).

Quienes interioricen estas cualidades y se conviertan en pacificadores, ¡recibirán la promesa probablemente más maravillosa de la Biblia! Serán “hijos e hijas” de Dios mismo (2 Corintios 6:18). El Dios del universo

lo creó a usted con la intención específica de hacerlo parte de su familia eterna.

Los hijos de Dios además heredarán “todo” (Hebreos 2:8). Los pacificadores —quienes interioricen y exhiban las cualidades enumeradas en las bienaventuranzas y traigan paz a los demás— se convertirán en hijos de Dios y reinarán como “reyes y sacerdotes... sobre la tierra.” (Apocalipsis 5:10).

Gobernaremos junto a Jesucristo, quien tiene el título de “Príncipe de Paz” (Isaías 9:6). Y el Reino que regiremos será definido por esa característica (Romanos 14:17).

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos”

La última bienaventuranza dice que quienes estén dispuestos a permanecer fieles incluso bajo persecución recibirán la bendición de entrar en el Reino de Dios.

Jesús advirtió que sus seguidores serían perseguidos: “Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Juan 15:20).

Pero la bendición de Mateo 5:10 es específicamente para quienes son perseguidos “por causa de la justicia”, no por sus pecados o su imprudencia. Cuando “haciendo lo bueno [sufrimos], y lo [soportamos], esto ciertamente es aprobado delante de Dios” (1 Pedro 2:20). Cuando somos castigados por hacer lo correcto, estamos siguiendo los pasos de Jesucristo (vv. 21-23).

Como regla general, nadie quiere ser perseguido. Pero quienes han respondido al llamamiento de Dios ahora, pueden enfrentar mejor la persecución si se enfocan en la recompensa y se gozan por ser considerados dignos de sufrir por el nombre de Dios (Hechos 5:41; Santiago 1:2-3).

En el mundo occidental moderno, la persecución a menudo se presenta bajo la forma de un despido, o de ser intimidados o maltratados en el trabajo o la escuela por lo que creemos. Pero en algunas partes del mundo, ser un seguidor de Jesucristo conlleva la pena de muerte. La Biblia muestra que en el tiempo del fin esta clase de persecución violenta se extenderá por todo el mundo. Cristo profetizó que durante el período más terrible de la historia humana —la Gran Tribulación al final de esta era (Mateo 24:21)— su pueblo será perseguido.

La octava bienaventuranza se amplía en los versículos siguientes: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y

digán toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” (Mateo 5:11-12).

Otros pasajes muestran que esta recompensa está “reservada en los cielos” y será “manifestada en el tiempo postrero”, “cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Pedro 1:4-5, 7). Esto ocurrirá cuando Jesucristo regrese a la Tierra. Como Él mismo dijo: “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo” (Apocalipsis 22:12). Como vimos en la bendición para los mansos, Jesús y sus santos reinarán sobre la Tierra (Apocalipsis 5:10).

Si estamos entre los que serán vituperados, perseguidos y calumniados, debemos soportarlo manteniendo nuestros ojos en las maravillosas promesas que Dios nos ha dado en las Bienaventuranzas y el resto de la Biblia.

La fuente del verdadero poder espiritual

Ninguno de nosotros puede llenar el vacío y el descontento que se manifiestan como infelicidad en este mundo. Solamente Dios puede llenar ese vacío realmente. No podemos generar gozo espiritual duradero por nosotros mismos ni podemos encontrarlo en circunstancias externas.

Debemos reconocer que el Creador es la fuente de todo lo bueno y acercarnos a Él.

Tener las cualidades espirituales descritas en las Bienaventuranzas hará posible que recibamos bendiciones y felicidad, ahora y por siempre.



Jesucristo dijo que sus discípulos son la sal de la tierra. Esta descripción tiene grandes lecciones acerca de la forma en que los cristianos deben vivir en la actualidad.

Muchos de nosotros usamos la sal sin pensar. La ponemos en nuestras papas fritas, en la carne, en los huevos, etcétera. Usamos la sal con tal regularidad que es fácil olvidar cuán valiosa ha sido a través de la historia. En cierto punto, el término *sal* en latín, se asoció con la palabra traducida como remuneración, *salarium*, de la cual se deriva la palabra “salario”.

En el primer siglo, todos reconocían la importancia de la sal. En ese tiempo, la sal se usaba para preservar carnes, para propósitos medicinales, para sazonar comidas e incluso como un signo de amistad. La sal era un bien muy valioso debido a sus usos —y Jesús aludió a este hecho en el Sermón del Monte.

Vosotros sois la sal de la tierra

Tras enumerar todas las bienaventuranzas, Jesús les dijo a sus discípulos: “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres” (Mateo 5:13).

La sal tiene características importantes que Cristo describió como esenciales para los cristianos en cualquier momento de su vida, especialmente cuando se encuentran bajo persecución.

¿Qué significa “la sal de la tierra”?

Físicamente, la sal tiene muchos usos y beneficios. Espiritualmente, ser “la sal de la tierra” también tiene un significado importante en nuestra vida. Considere las siguientes características de la sal física y espiritual:

- *La sal es un conservante.* La sal se usa para preservar carnes, por lo que representa la cualidad de la resiliencia. La sal es un conservante tan poderoso que Dios la usa para describir su perdurable pacto con David y su pueblo (Números 18:19; 2 Crónicas 13:5). Ésta es la clase de resistencia que el pueblo de Dios debe demostrar (Mateo 24:13).
- *La sal se conoce por su pureza.* Debido a su color y su capacidad de preservar las comidas, la sal “se convirtió en un símbolo de pureza” (bibletools.org). La sal representa la pureza que los cristianos deberían esforzarse por alcanzar. Esta clase de pureza se obtiene cuando no permitimos que el mundo nos contamine (Santiago 1:27), reconocemos que los mandamientos de Dios son “puros” (Salmos 19:8) y vivimos según esos mandamientos (Apocalipsis 22:14).

- *La sal acompañaba las ofrendas de grano.* En el Antiguo Testamento, la sal era parte de las ofrendas de grano que Dios le pedía a Israel (Levítico 2:13). Como el resto de las ofrendas, éstas representaban el sacrificio de la vida pura de Cristo, que Él dio para que nuestros pecados fueran perdonados y pudiéramos ser purificados (Romanos 6:10, 13-14).
- *La sal acentúa al sabor.* Uno de los usos más comunes de la sal en el mundo antiguo y el actual es acentuar el sabor de las comidas —le añade sabor a la experiencia de comer (Job 6:6). Jesucristo quiere que les ayudemos a quienes nos rodean con nuestra forma de vivir, de la misma manera que la sal nos ayuda a acentuar el sabor de las comidas. Una de las mejores formas de hacer esto es hablar “con gracia”, hablar siempre la verdad y con amabilidad (Colosenses 4:6).

“Si la sal se desvaneciere”: cómo no ser una sal inútil

En el mundo antiguo, la sal a menudo se extraía de marismas saladas. Esta “sal” no era cloruro de sodio puro, sino que contenía impurezas. A veces, estas impurezas estaban tan mezcladas con la sal que todo era desechado. Dado que la sal impura no era útil, se echaba fuera y, como dijo Jesús, era “hollada por los hombres”.

Expositor’s Bible Commentary [Comentario bíblico del expositor] dice: “Estrictamente hablando, la sal no puede perder su sabor; el cloruro de sodio es un compuesto estable. Pero la mayoría de la sal en el mundo antiguo provenía de marismas saladas o algo similar, no de evaporación de agua salada; por lo tanto, contenía muchas impurezas. La sal misma, siendo más soluble que las impurezas, podía ser filtrada, dejando atrás un residuo tan diluido que no tenía mucho valor...”

“La pregunta ‘¿con qué será salada?’ en realidad no tiene respuesta... El punto es que, si los discípulos de Jesucristo deben actuar como agentes preservantes en el mundo viviendo según las normas del Reino, y si son ‘llamados a ser desinfectantes en un mundo donde los estándares morales son bajos, cambiantes, o inexistentes... sólo pueden cumplir su función si retienen su virtud’ (Tasker)”.

Jesucristo nos estaba advirtiéndolo que debemos perseverar como la sal de la tierra, vivir de una manera justa para que Dios pueda preservarnos a nosotros y a la humanidad. En la profecía del Monte de los Olivos, Cristo reveló que “por causa de los escogidos” la Gran Tribulación terminará antes

de que la humanidad se extinga por completo (Mateo 24:22).

Si el pueblo de Dios pierde su pureza o deja de aportar cosas positivas al mundo que lo rodea, eventualmente dejará de cumplir su propósito (Mateo 5:13; Marcos 9:49-50).

Ser la sal de la tierra en tiempos de persecución

La instrucción de Jesucristo acerca de ser la sal de la tierra se menciona justo después de la promesa para quienes son perseguidos por causa de la justicia. Para los seguidores de Cristo en el tiempo del fin, la pregunta no es si serán perseguidos, sino cuándo lo serán. (Si desea tener más detalles, lea la “[Profecía del Monte de los Olivos](#)” en Mateo 24, Lucas 21 y Marcos 13.)

Sin embargo, la persecución no debería cambiar la forma en que tratamos a los demás. Ser la sal de la tierra implica que somos llamados a vivir de acuerdo con un estándar mayor que el del mundo, y el estándar de Dios no cambia cuando la persecución llega (1 Pedro 2:19-20).

“Tened sal en vosotros mismos”

Como dijera el apóstol Pablo, quien sufrió bastantes persecuciones, “Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra *siempre* con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno” (Colosenses 4:5-6, énfasis añadido). Jesucristo además relacionó la sal con la paz: “Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros” (Marcos 9:50).

El llamamiento de Dios a ser la sal de la tierra no es un llamamiento trivial. Afecta la manera en que actuamos, pensamos y hablamos, así como la forma en que tratamos a los demás. Ser la sal de la tierra requiere de un alto estándar de justicia y pureza que puede ser difícil de mantener en un mundo corrupto. A veces, podemos ser incluso perseguidos, lo cual pone a prueba nuestro compromiso con el camino de Dios y el impacto que tendremos en quienes nos rodean.

Pero, sin importar los desafíos que esto plantee, esta gran responsabilidad tendrá una increíble recompensa. ¡Dios el Padre y Jesucristo nos han llamado a ser nada menos que la sal de la tierra!

Para más detalles acerca de este tema, vea “[Vosotros sois la sal de la tierra](#)”.



Jesús les dijo a sus discípulos “Vosotros sois la luz del mundo”.
¿Qué significa esto? ¿Cómo podemos ser luces?

Tras describir a sus discípulos como “la sal de la tierra”, Jesús usó otra metáfora: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:14-16).

¿Qué significan estas afirmaciones acerca de la visibilidad de la luz?

¿Qué significa ser “la luz del mundo”?

La expresión “luz del mundo” implica una responsabilidad que Cristo pone sobre los hombros de sus seguidores. Los cristianos, que tienen la obligación de desarrollar las cualidades enumeradas en las Bienaventuranzas deben ser ejemplos visibles del camino de Dios para el mundo que los rodea. Y su ejemplo debería ser tan poderoso y dinámico que se asemeje al de una luz espiritual.

En un mundo lleno de oscuridad, esta responsabilidad es algo crucial para el pueblo de Dios (Filipenses 2:15).

“La luz del mundo” no es sólo una descripción atractiva o una frase bonita. Es algo que debería afectar cada aspecto de nuestra vida. Los cristianos somos llamados a salir de este mundo oscuro para caminar “como hijos de luz” (Efesios 5:8).

No debemos mezclarnos con la oscuridad del mundo que nos rodea (1 Tesalonicenses 5:5). Nuestra luz debe brillar con fuerza, sin importar las circunstancias. Debemos ser una luz espiritual a través de nuestras palabras, actitudes y conducta para todos los que entren en contacto con nosotros.

Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder

Tras decir que sus seguidores son la luz del mundo, Jesucristo continuó: “una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder” (Mateo 5:14).

Esta expresión ha sido utilizada como metáfora por varios religiosos y líderes políticos del mundo, desde John Winthrop en 1630, hasta el presidente estadounidense Ronald Reagan en 1989. Pero en tiempos de Jesucristo, la frase “una ciudad asentada sobre un monte” se refería a una realidad que su audiencia seguramente conocía.

Como una técnica de defensa, las ciudades antiguas se construían sobre las cimas de las colinas para disuadir a posibles atacantes. Pero estar a cierta altura también permitía que la ciudad se viera desde lejos.

Como seguidores de Jesucristo, nuestra luz también debería ser visible desde lejos. Espiritualmente, deberíamos ser la nación modelo que Dios esperaba que Israel fuera.

Dios les dijo a los israelitas que les dio sus leyes para que fueran “vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está el Eterno nuestro Dios en todo cuanto le pedimos?” (Deuteronomio 4:6-7). Pero Israel no cumplió con su responsabilidad (1 Corintios 10:1-11).

Como Israel espiritual, los seguidores de Jesucristo deben triunfar en lo que Israel físico no triunfó. Nuestra luz debe brillar para mostrarle al mundo cuál es el resultado de practicar el camino de Dios. Nuestra luz debería ser vista por quienes nos rodean, pero no sólo las personas que conocemos. A veces, nuestro ejemplo puede tener un gran impacto incluso en personas con las que interactuamos brevemente, como un mesero, un recepcionista o un visitante en nuestro lugar de trabajo.

Pedro dijo que nuestro ejemplo debe ser tal que quienes nos vean “glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar [nuestras] buenas obras” (1 Pedro 2:12).

Una luz sobre el candelero

Jesús continuó, “Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa” (Mateo 5:15).

A diferencia de una ciudad sobre un monte, una lámpara normalmente no se puede ver desde muy lejos; su luz no siempre es tan potente. Sin embargo, todo el que esté en el área cubierta por la lámpara, puede disfrutar de sus beneficios.

La luz de Dios en nuestra vida debería ser evidente para quienes nos rodean. No debe ser una luz molesta o deslumbrante, pero tampoco podemos cubrirla o esconderla para evitar que otros la vean. En ocasiones, tal vez nos gustaría esconder nuestra luz. El apóstol Pedro fue uno de los amigos más cercanos de Jesucristo y aun así lo negó frente a varias personas porque temía por su vida (Marcos 14:66-72). De la misma manera, es posible que a veces nos sintamos tentados a cubrir nuestra luz para

protegernos de las dificultades de la vida, pero Jesucristo no nos dio su luz para que la escondiéramos. Dios nos llamó a brillar —a usar nuestros dones para servir a otros, servirle a Él y hacer su obra (Mateo 25:14-30).

Pedro eventualmente aprendió a ser una luz, como demuestra su contundente ejemplo de predicación del evangelio en el libro de Hechos. Además, nos da el siguiente consejo acerca de cómo prepararnos para ser luces: “santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3:15).

Incluso si nuestras luces son pequeñas y no tan potentes, pueden ser brillantes. Quienes están en nuestro círculo de influencia deberían ser afectados positivamente y ver la evidencia de una parte del carácter de Dios en nuestra forma de vivir.

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres”

Jesús continuó: “así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16). Este versículo revela el propósito de nuestra luz y por qué es tan importante.

Nuestra luz no proviene de nosotros mismos. Es un reflejo de la luz de Dios. La Biblia describe la ley de Dios como una luz. La ley sirve como una luz que nos muestra cómo debemos vivir su camino de vida y nos ayuda a no tropezar en la oscuridad (Salmos 119:105; Proverbios 6:23-24).

Jesús es la luz del mundo

La Biblia también explica que la verdadera fuente de luz es Jesucristo, quien declaró “Yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12). Toda la luz que podamos tener proviene exclusivamente de la luz que Jesucristo nos da.

Como cristianos que reflejan la luz de Cristo, debemos reconocer que no se trata de recibir elogios por el brillo de nuestra luz. Debemos asegurarnos de que toda la gloria y honra por nuestras buenas obras sean para Cristo y Dios.

Es cierto que nuestra luz no puede convertir a las personas al camino de Cristo, porque se requiere del llamamiento de Dios (Juan 6:44). Pero cuando nuestro ejemplo brilla —individual y colectivamente— podemos hacer que otros glorifiquen a Dios cuando sean llamados.

Quienes están siendo llamados por Dios ahora deben ser un ejemplo de luz en un mundo cada día más oscuro. Debemos ser la luz del mundo.



Jesús y la ley

¿Cuál fue la postura de Jesucristo en cuanto a la ley? ¿Abolió los Diez Mandamientos? ¿Dio un nuevo mandamiento para reemplazar las leyes antiguas?

Luego de describir el ejemplo que sus siervos deben dar, Jesús habló acerca de la ley de Dios.

Él sabía que las personas podían tener la falsa impresión de que, como el Mesías, había venido para empezar desde cero y establecer un nuevo estándar de conducta. ¿Implicaban la venida del Mesías y el establecimiento del Nuevo Pacto que las leyes del Antiguo Testamento quedaban abolidas?

Cristo fue muy claro al respecto y dijo enfáticamente que no vino para abolir el estándar de conducta revelado en el Antiguo Testamento.

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas”

En Mateo 5:17-18 leemos: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”.

En otras palabras, dado que el cielo y la Tierra siguen existiendo, la ley de Dios no ha cambiado y sigue vigente. Cristo no modificó “ni una jota ni una tilde” de la ley.

Luego continuó: “De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, este será llamado grande en el reino de los cielos” (v. 19).

En una sociedad que consideraba a los escribas y fariseos como la personificación de la ley, Cristo además agregó algo sorprendente: “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (v. 20).

Sin duda sus discípulos deben haberse preguntado cómo podía ser esto y qué significaban estas enseñanzas acerca de la ley.

El nuevo mandamiento de Jesús

Muchos se preguntan ¿qué ocurre con el “nuevo mandamiento” que Cristo dio en los Evangelios? ¿Acaso no reemplaza a los mandamientos antiguos?

Veamos lo que dijo Jesús en Juan 13:34-35: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”.

El apóstol Juan también menciona este mandamiento en una de sus cartas, pero aclara que no es realmente un mandamiento nuevo (1 Juan 2:7-10). En

su segunda epístola, lo explica en pocas palabras: “Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros” (2 Juan 1:5).

El mandamiento de “amar al prójimo como a uno mismo” no era para nada nuevo. De hecho, se remonta a la ley de Moisés (Levítico 19:18).

Lo nuevo fue que Jesucristo añadió: “como yo os he amado”. Cristo es amor y demostró su gran amor por nosotros sacrificando su vida en nuestro lugar.

Cómo Él mismo dijo en Juan 15:13-14: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando”.

El amor perfecto de Jesús es el nuevo estándar —el nuevo mandamiento.

Su vida fue el ejemplo perfecto de cómo mostrar un amor perfecto según la ley de Dios. Cristo nos mostró cómo aplicar a la perfección el espíritu y la intención de la ley.

Dos grandes mandamientos

La confusión aparece cuando pensamos que demostrar amor de alguna manera *reemplaza* las leyes de Dios. Pero es importante entender que la ley de Dios es una *ley de amor*.

Más adelante, Cristo explicó que el amor puede expresarse en dos **grandes mandamientos**: el amor a Dios y el amor al prójimo (Mateo 22:36-39).

La manera en que debemos amar a Dios se explica en los primeros cuatro mandamientos (Éxodo 20:1-11) y la manera en que debemos amar al prójimo, en los últimos seis (vv. 12-17).

Entonces, Cristo resumió los **Diez Mandamientos** en dos *grandes* leyes: amar a Dios y amar al prójimo. No dijo que los Diez Mandamientos estaban abolidos; simplemente mostró que se agrupan bajo dos grandes leyes.

Jesucristo y la ley: la cumplió y la amplió

¿Qué quiso decir Cristo cuando explicó que venía para cumplir la ley (Mateo 5:17)?

La palabra griega traducida como “cumplir” significa “completar, llenar y llenar hasta el tope” (*Thayer’s Greek-English Lexicon* [Diccionario griego-inglés de Thayer]). Y, de hecho, Jesús aclaró aún más el significado de la ley durante el resto del Sermón de Monte —reveló el propósito espiritual de la ley.

Por ejemplo, profundizó en el significado del Séptimo Mandamiento diciendo: “Oísteis que fue dicho: *No cometerás adulterio*. Pero yo os digo

que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:27-28, énfasis añadido).

En otras palabras, Jesús amplió este mandamiento explicando que cualquier pensamiento lascivo que tengamos durante cierto tiempo, quebranta el mandamiento contra el adulterio tanto como el acto físico de adulterar. No es suficiente abstenerse del adulterio en el sentido físico; también debemos aplicar el principio del séptimo mandamiento en nuestra mente, sin siquiera desear tener intimidad con alguien que no sea nuestro cónyuge.

Ésta fue una magnificación del mandamiento que iba mucho más allá de lo que se reveló a los antiguos israelitas y lo que se esperaba de ellos.

El espíritu de la ley

En el Sermón del Monte, Jesús explicó que los mandamientos se aplican tanto a nuestros pensamientos más íntimos como a nuestras acciones, porque los pensamientos son el primer paso hacia la acción. Entonces, no sólo tenemos que obedecer la letra de la ley, sino también su espíritu o intención.

Los escribas y fariseos eran conocidos por su observancia meticulosa de la letra de la ley. Pero Cristo nos dio el ejemplo y enseñó que el espíritu de la ley también es importante. Ésa es la clase de justicia que excede la justicia de los escribas y fariseos. Ellos no tenían en cuenta el espíritu o la intención de las leyes que guardaban tan rigurosamente.

Jesús también magnificó el Sexto Mandamiento, que prohíbe matar, explicando el espíritu de esa ley. Además de no cometer el acto físico del homicidio, sus discípulos deben abstenerse incluso de albergar pensamientos y actitudes de odio o menosprecio hacia otra persona (Mateo 5:21-22).

Algo evidente en las enseñanzas de Cristo es el énfasis que puso en el amor a Dios. Recordó la enseñanza del Antiguo Testamento acerca de amarlo con “todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:5), y también habló acerca de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mateo 22:39).

Lejos de abolir o reemplazar las leyes de Dios, Jesucristo confirmó la ley, afirmó su compromiso con ella y elaboró su sermón sobre esa base. Además, usó palabras muy fuertes contra quienes decían adorarlo, pero no guardaban las leyes de Dios tanto en la letra como en el espíritu.

Cualquiera que menosprecie y enseñe en contra de los mandamientos de

Dios, “muy pequeño será llamado... en el reino de los cielos”, dijo Cristo (Mateo 5:19).

El peligro de la maldad

Todo el que desee tener una relación con Jesucristo, debe practicar lo que Él enseñó. “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor... Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:21-23).

Esto implica que cuando una persona hace maldad (vivir en oposición a la ley de Dios) esto la deja fuera del Reino.

Cristo enseñó la importancia de los mandamientos a lo largo de todo su ministerio. En Mateo 19:16-19 dijo: “si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos”. Para asegurarse de que todos entendieran que se refería a los Diez Mandamientos, mencionó varios de ellos.

También después de su muerte y resurrección, sus discípulos (incluyendo al apóstol Pablo) enseñaron acerca de la necesidad de guardar los mandamientos (Romanos 7:12; 1 Corintios 7:19). Juan incluso dijo que guardar la ley de Dios es una de las características que identifican a los cristianos: “Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Juan 2:3-4).

Un llamado al arrepentimiento

En el Sermón del Monte, Jesús ratificó la relevancia de los mandamientos de Dios y amplió su aplicación e intención. Entender y obedecer los mandamientos es la base para tener una relación con Dios el Padre y Jesucristo; y todo comienza cuando nos arrepentimos y aceptamos a Jesucristo como nuestro Salvador.

Arrepentirse es reconocer que hemos hecho mal al quebrantar la ley de Dios y desear con vehemencia que nuestra relación con Dios sea restaurada. Pablo dijo que tener conocimiento de los mandamientos nos hace conscientes de nuestros pecados (Romanos 7:7), pues como define el apóstol Juan, pecar es quebrantar, o no guardar las leyes de Dios (1 Juan 3:4).

La ley de Dios, revelada primero en el Antiguo Testamento, sigue estando vigente y sigue siendo relevante para los cristianos en la actualidad.



“Si tu ojo derecho te
es ocasión de caer,
sácalo”

Jesucristo utilizó imágenes impactantes para destacar un principio vital: nuestra condición espiritual es mucho más importante que la física. ¡El pecado debe salir!

El Sermón del Monte está lleno de frases contundentes que iban en contra de la esencia de la sociedad de Jesús —y van en contra de la nuestra. Algunas las hemos escuchado tantas veces que tal vez ya no somos conscientes de su fuerza. Pero piense en cómo estas palabras pudieron haber causado un gran impacto en la audiencia de Jesús:

- Amar a nuestros enemigos (Mateo 5:44).
- Poner la otra mejilla (Mateo 5:39).
- No juzgar (Mateo 7:1).
- “...cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28).

Cristo magnificó la letra de la ley para revelar la profundidad espiritual y el objetivo de los mandamientos de Dios.

“Si tu ojo derecho te es ocasión de caer”

Después de explicar el espíritu de la ley contra el adulterio, Cristo dijo algo controversial que aparentemente fomenta la autoflagelación:

“Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno” (Mateo 5:29-30).

¡Sus oyentes debieron haber quedado horrorizados!

Y esa no fue la única vez. Más tarde, al hablar en el contexto de no ofender a los más pequeños, Jesús dijo:

“Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego” (Mateo 18:8-9).

Lo que Cristo no quiso decir acerca de su ojo y su mano

¿Quería Jesucristo que literalmente nos saquemos los ojos?

No.

¿Cómo lo sabemos? Notemos primero que Jesús usó la palabra “si”. ¿Es realmente nuestro ojo o mano lo que nos hace pecar? No. El pecado comienza en la mente y el corazón. Sacarnos los ojos o cortarnos las manos no evitaría que tengamos malos pensamientos.

“Uno podría sacarse los ojos sin disminuir en lo más mínimo el mal

deseo al que éstos servían”, como explica el *Jamieson, Fausset and Brown Commentary* [Comentario de Jamieson, Fausset y Brown].

No hay ningún ejemplo en la Biblia de que alguien se haya cortado una mano o sacado un ojo. Comprobémoslo con tres instancias de pecado sexual en las Escrituras:

David se dejó llevar por deseos pecaminosos que finalmente culminaron en su adulterio con Betsabé. Pero él nunca culpó a sus ojos o sus manos. En cambio, se arrepintió y le pidió a Dios que limpiara su *corazón* (Salmos 51:7-10).

Cuando a Cristo le llevaron a una mujer sorprendida en el acto del adulterio, Él simplemente le dijo “vete, y no peques más” (Juan 8:11).

Cuando el apóstol Pablo reprendió al adúltero (y a la iglesia) en Corinto, no dijo que el hombre debía sacarse un ojo. Más bien le dijo a la congregación que lo sacaran de la iglesia hasta que su *corazón* cambiara (1 Corintios 5:1-5, 11; 2 Corintios 2:6-11).

Lo que realmente debemos sacar

Dios quiere arrepentimiento —un verdadero cambio en nuestros pensamientos y acciones— no autoflagelación.

Él quiere que sintamos la clase de tristeza que describe 2 Corintios 7:10-11: “Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto”. (Lea más en nuestro artículo “[La tristeza según Dios](#)”).

Jesús no quiere que cercenemos nuestro cuerpo; quiere que eliminemos las inclinaciones y los impulsos internos que son la raíz de nuestros pecados. En otras palabras, quiere que saquemos el pecado desde la raíz.

La Biblia utiliza la analogía de matar al “viejo hombre”, remplazando nuestra vida carnal por una vida nueva —por el “nuevo hombre”.

“Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:20-24).

Por medio del arrepentimiento, el bautismo y el don del Espíritu Santo (Hechos 2:38) podemos comenzar esta nueva vida libre de la esclavitud del pecado.

“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias” (Romanos 6:11-12).

Descubra más en nuestro artículo [“Despojaos del viejo hombre: ¿qué significa esto?”](#).

Evitar radicalmente el pecado

Cristo utilizó la sorprendente instrucción acerca de sacarnos el ojo derecho para llamar nuestra atención. Utilizó una hipérbole como herramienta para mostrar cuán destructivo es el pecado y con cuánta seriedad deberíamos esforzarnos por sacarlo de nuestra vida.

La imagen de sacarnos el ojo o cortarnos la mano ilustra lo imperiosa que es la necesidad de “evitar el pecado radicalmente” (*Zondervan NIV Bible Commentary* [Comentario de la Biblia NVI Zondervan]).

Debemos pedir a Dios su ayuda para sacar al viejo hombre —para controlar nuestras manos y nuestros ojos y evitar el pecado.

Sigamos el ejemplo de Job, quien dijo: “Hice pacto con mis ojos; ¿cómo, pues, había yo de mirar a una virgen?” (Job 31:1) Usemos nuestras manos y energía tal como aconseja Salomón: “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas” y “Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre” (Eclesiastés 9:10; 12:13).

Eliminemos los hábitos, el entretenimiento, las relaciones, las adicciones, y cualquier cosa que contribuya al pecado.



Cómo adorar a Dios en privado

¿Qué nos enseña Cristo acerca de la manera correcta de adorar a Dios? ¿Qué diferencia hay entre adorar a Dios en privado y las prácticas de los antiguos religiosos hipócritas?

En Mateo 6, Jesucristo dejó muy claro que sus discípulos debían hacer buenas obras, orar y ayunar. Pero su motivación no podía ser la de impresionar a los demás.

¿Por qué era tan importante recalcar la necesidad de adorar a Dios en privado?

Ejemplos de hipocresía

En tres ocasiones Jesús les dijo a sus discípulos que no debían adorar como los hipócritas, cuyo objetivo al adorar a Dios era ser vistos y alabados por los demás.

“Cuando, pues, *des limosna*, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto *os digo que ya tienen su recompensa*” (Mateo 6:2; énfasis añadido).

“Y cuando *ores*, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto *os digo que ya tienen su recompensa*” (v. 5; énfasis añadido).

“Cuando *ayunéis*, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto *os digo que ya tienen su recompensa*” (v. 16; énfasis añadido).

En cada caso, ya sea al hacer una buena obra, orar o ayunar, Cristo les advirtió a los discípulos que no debían hacerlo de tal forma que llamaran la atención de otros intencionalmente. Si ésa era su motivación, entonces —la adulación de otros— sería su única recompensa.

¿Cuál es el problema con la hipocresía? Poner a las personas antes que a Dios quebranta el Primer Mandamiento y manifiesta una visión distorsionada de la importancia de las opiniones de otros en relación con el juicio de Dios. Y los hipócritas religiosos, que fingen ser buenos, también quebrantan el Noveno Mandamiento con su engaño.

La hipocresía impide tener una relación genuina con Dios y puede dañar nuestras relaciones con otros. Jesús condenó a los hipócritas y la hipocresía con palabras muy fuertes varias veces (vea un ejemplo poderoso en Mateo 23).

Dios que ve en lo secreto

Jesús explicó que el único testigo importante en nuestra forma de adorar a Dios, es Dios mismo. Representar un papel para que otros seres humanos nos vean, sólo nos distrae de una adoración individual sincera.

Cuando nuestra adoración está dirigida a Dios y nuestra verdadera intención es complacerlo a Él, entonces el Padre “*que ve en lo secreto te recompensará en público*” (Mateo 6:4, 6, 18, énfasis añadido).

Cuando des

Cristo también les dijo a sus discípulos: no hagan buenas obras frente a los hombres para ser vistos, “de otra manera *no tendréis recompensa* de vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 6:1, énfasis añadido).

El deseo equivocado de que los otros nos vean bien nos hace quedar mal a los ojos de Dios.

No sepa tu izquierda

En cambio, “cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto” (Mateo 1:3-4).

¿Qué significa esta expresión? Tanto la mano izquierda como la derecha están conectadas al mismo cuerpo. ¿Cómo podría una mano ignorar lo que hace la otra? Notemos lo que *Barnes' Notes on the New Testament* [Notas acerca del Nuevo Testamento de Barnes] dice al respecto:

“Éste es un proverbio, cuyo significado es que la acción debe hacerse lo más secretamente posible... Nuestra motivación es que Dios se agrada si lo hacemos así; Él verá la acción sin importar cuán secreta sea, y la recompensará en público”.

Existen muchas escrituras que nos animan a hacer buenas obras. Una de ellas nos dice que “según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10). Pero siempre debemos hacerlo para la gloria de Dios. Si lo que deseamos es tener un historial de nuestras “buenas obras”, esto nos llevará en la dirección equivocada.

Cristo sabía muy bien que si mostramos nuestras buenas obras de una forma presuntuosa —buscando la admiración de los hombres— lo único que lograremos es dañarnos a nosotros mismos y perder la recompensa pública que Dios nos hubiera dado.

Oración

Luego Jesús les habló a sus discípulos acerca del segundo aspecto de la adoración personal: la oración.

“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que

piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mateo 6:6-8).

Es cierto que hay situaciones que requieren de una oración pública oficial en representación de varias personas, como es el caso de la bendición de un servicio o la bendición de los alimentos. Pero Jesús dijo que las oraciones personales de sus discípulos deben hacerse en una habitación privada (un lugar privado, silencioso y apartado) lejos de cualquier distracción o interrupción.

Cuando estamos a solas con Dios, podemos orar sin pretensiones. Dios quiere toda nuestra atención y ordena que siempre lo pongamos primero (Mateo 22:37).

Jesucristo nos enseñó un esquema de oración, comúnmente conocido como “el Padre nuestro”, donde menciona las cosas por las que debemos orar (Mateo 6:9-13). Las oraciones personales deben hacerse en privado o “en secreto”; y Dios nos dará una recompensa evidente por orar de esta manera.

En el siguiente capítulo analizaremos este ejemplo de oración con más detalle.

Ayuno

La tercera forma de adoración mencionada por Cristo es el ayuno —prescindir de comida y agua durante cierto tiempo. Dios nos ordena ayunar al menos una vez al año, en el día de Expiación (Levítico 23:32). Sin embargo, los israelitas fieles también ayunaban en otras ocasiones, como cuando tenían que enfrentar una crisis (Ester 4:16) o cuando buscaban a Dios en arrepentimiento (2 Samuel 12:13-18; Salmos 51).

Jesucristo ayunó antes de enfrentarse a Satanás (Mateo 4:2), y dijo a sus discípulos que ellos también ayunarían después de que Él resucitara (Marcos 2:18-20). También el apóstol Pablo ayunaba a menudo (2 Corintios 11:27).

El ayuno es para Dios. Es una aflicción que nos ayuda a crecer en humildad y nos recuerda cuánto dependemos de Dios. No es sólo un ritual como el que practicaba el fariseo de Lucas 18:12, quien ayunaba dos veces a la semana sólo por satisfacción personal. Su ayuno no era un acto de humildad en lo absoluto; más bien era producto de su soberbia.

La instrucción de Cristo es la siguiente: “Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu

Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6:17-18).

Cuando ayunamos, no debemos hacer nada que permita que los demás lo noten; debemos ayunar discretamente.

Si desea más detalles acerca de la manera correcta de ayunar, no dude en leer “¿Qué es el ayuno?”.

Cómo adorar a Dios en público

Si bien Cristo hizo énfasis en la necesidad de adorar a Dios en privado con buenas obras, oración y ayuno, existen otras formas de adoración que son igualmente importantes y necesarias.

Una de ellas es asistir a servicios en el día de reposo y las fiestas santas para adorar a Dios y convivir con otros miembros de su iglesia.

“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:24-25).

Otra forma de adoración pública es cantar himnos en los servicios. El apóstol Pablo expresó: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (Colosenses 3:16).

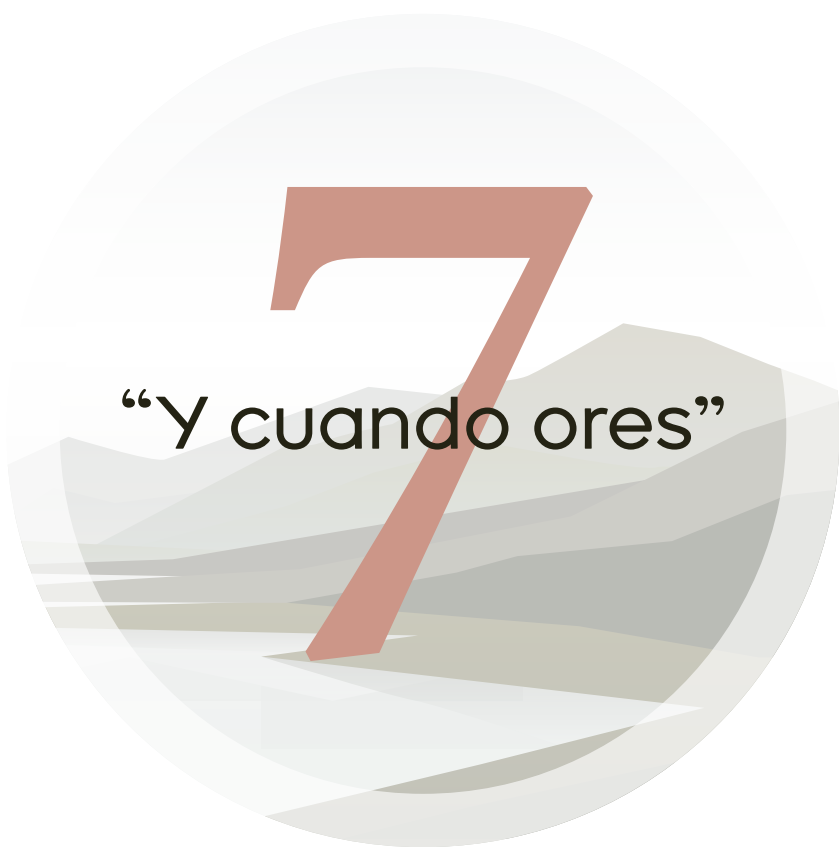
Para más detalles acerca de la adoración pública en comunidad, vea nuestro artículo “¿Cuál es la adoración que quiere Dios?”.

Adorar a Dios como Jesucristo enseñó

Pablo también nos recuerda: “todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Colosenses 3:17).

Cuando practicamos todas estas maneras de adorar como Jesús enseñó, realmente fortalecemos nuestra relación con Dios.

Y Dios promete recompensar abiertamente a quienes lo adoran con sinceridad.



Las personas oran de muchas maneras diferentes. ¿Cómo ora usted? ¿Cómo oraba Jesús? ¿Qué dijo Jesús acerca de la oración?

Cuando usted investiga la amplia variedad de corrientes del cristianismo, puede darse cuenta de que hay muchas costumbres e ideas distintas acerca de la oración. Analicemos esto con más detalle:

Aquellos que son católicos romanos u ortodoxos orientales, ven la oración típicamente como el acto de recitar oraciones escritas previamente. El catolicismo romano tiene cientos de estas oraciones para que las personas las reciten en una variedad de situaciones. Las tradiciones católicas y ortodoxas incluyen la costumbre de orar a María, a los ángeles y a los santos como intercesores entre Dios y el hombre.

En general, el mundo protestante es menos litúrgico en cuanto a las oraciones. Hay diferentes formas de oración en el protestantismo —desde oraciones emocionales que se dicen desde el púlpito de la iglesia hasta reuniones de grupos de oración que se reúnen para orar acerca de temas específicos.

Muchas personas oran repitiendo lo que se conoce como “el Padre nuestro”, que encontramos en Mateo 6:9-13. Lo hacen así porque piensan que Cristo les dijo a sus seguidores que debían orar con esas palabras textuales.

¿Es esto lo que Jesucristo quería cuando les enseñó a sus discípulos acerca de la oración en el Sermón del Monte? ¿Qué enseñó realmente Jesús con respecto a la oración?

“Cuando ores”

Como mencionamos en el capítulo anterior, Jesús dijo “cuando ores” (Mateo 6:5), no “si oras”. La oración está diseñada como un medio de comunicación para acercarnos a Dios (Santiago 4:8) —para profundizar nuestra relación personal con Él. Si queremos tener una buena relación con Dios, necesitamos apartar tiempo para orar en privado todos los días.

Jesucristo no sólo enseñó esto, la oración también era parte regular de su vida (Mateo 14:23; Marcos 1:35; Lucas 6:12).

Orar al Padre

Jesús fue muy claro al decirnos que nuestras plegarias debían ser dirigidas a Dios el Padre: “Ora a tu Padre que está en secreto” (Mateo 6:6). Ahora que Jesucristo está en el cielo como el Mediador entre Dios y el hombre, nosotros oramos “en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Efesios 5:20; 1 Timoteo 2:5). Jesús dijo que podemos pedirle al Padre cualquier cosa en su nombre (Juan 14:13-14).

Es por esto que dirigimos nuestras oraciones a Dios el Padre, y a menudo las terminamos con una frase como: “En el nombre de Jesucristo. Amén”.

Orar de corazón

Jesús hizo otra afirmación clara que es muy ignorada: “Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos” (Mateo 6:7).

Cristo se estaba refiriendo a la forma pagana de recitar y cantar las oraciones, basados en la idea de que repetir una oración traerá el favor de Dios (o de los dioses). Esta corriente que repite o canta oraciones escritas previamente es algo que se practica en muchas iglesias.

Dios no quiere oraciones previamente escritas que se repitan una y otra vez. Esto no cumple el propósito fundamental de la oración, que es desarrollar una relación personal, cercana con Dios.

Si usted hace un estudio de muchas oraciones registradas en la Biblia, se dará cuenta de que todas son diferentes, personales, y hay una comunicación de corazón entre la persona y Dios. A continuación, le mencionaremos algunas oraciones que son útiles para estudiar:

- 1 Samuel 1:11; 2:1-10: la oración de Ana pidiendo un hijo y su oración de agradecimiento a Dios después de que Él la bendijo con un hijo llamado Samuel.
- Salmos 51: la oración de arrepentimiento profundo de David por su adulterio con Betsabé y el asesinato de Urías heteo.
- 2 Reyes 19:15-19: la oración del rey Ezequías a Dios para que librara a Judá de ser conquistado por Asiria.

Si desea aprender más acerca de cómo tener una oración real, significativa para Dios, lea el artículo de VidaEsperanzaVerdad.org, “[Orar con el corazón](#)”.

Jesucristo nos dio un bosquejo para la oración

Luego Jesús fue más específico. Él dijo: “Vosotros pues, oraréis así” (Mateo 6:9).

Esencialmente, Jesús estaba dándonos un bosquejo para mostrarnos una estructura general de la oración y temas que deberíamos incluir en nuestras oraciones regulares a Dios. Este pasaje debería ser llamado más acertadamente un bosquejo de oración.

Es un modelo, un esquema, de cómo deberíamos orar. Pero cada persona

debe practicarlo de acuerdo con sus necesidades y circunstancias. Dios quiere que nuestras oraciones sean genuinas y del corazón, no recitadas.

Analicemos cada una de las categorías de la oración modelo.

“Padre nuestro que estás en los cielos”

Aunque la Biblia menciona muchas ocasiones en las que Cristo oró, son pocas las escrituras que registran las palabras que utilizó en oraciones específicas.

Pero en sus oraciones registradas, Jesús nos dio el ejemplo acerca de cómo empezar una oración. Éstas son algunas de ellas:

- Mateo 11:25: “En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños”.
- Juan 11:41: “Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído”.
- Juan 12:27-28: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez”.
- Juan 17:1-2: “Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste”.

Como vemos, Cristo siempre iniciaba sus oraciones dirigiéndose a su “Padre que estás en los cielos”.

Al comenzar nuestras oraciones personales de la misma manera, estamos recordando la profunda relación que Dios desea tener con nosotros.

Los que son llamados por Dios y responden a su llamamiento pueden literalmente llegar a ser sus hijos.

Es por eso que nos dirigimos a Él como “nuestro Padre”.

“Santificado sea tu nombre”

Santificar el nombre de Dios significa honrarlo, considerarlo sagrado, de altísima estima y digno de un profundo respeto. Muchos de los Salmos nos dan otros ejemplos de cómo alabar y honrar a nuestro maravilloso Dios.

Alabar y agradecer a Dios por su bondad, sus bendiciones y su benignidad debería ser un componente regular de nuestras oraciones.

“Venga tu reino”

Dios ha prometido que su Reino será establecido en la Tierra muy pronto, para luego extenderse a todo el universo.

Al ver cómo el mundo entero se ha ido llenando de males —enfermedades devastadoras, alteraciones del clima, guerras e inestabilidad política— resulta obvio que sólo el Reino de Dios podría traer esa paz y seguridad verdaderas que tanto anhelamos.

Cristo quiere que deseemos tanto ese Reino que su venida se convierta en parte regular de nuestras oraciones. Debemos pedirle a Dios que envíe a su Hijo pronto para gobernar el mundo entero y solucionar todos los problemas de la humanidad.

“Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”

Jesús nos dijo: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Deberíamos estudiar para conocer la voluntad de Dios y luego esforzarnos para que nuestra propia voluntad esté en armonía con la suya. También podemos incorporar esta petición en nuestras oraciones diarias.

Este punto también nos recuerda que cuando le pedimos a Dios por algo específico, deberíamos pedirlo en el contexto de su voluntad, no la nuestra.

“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”

Esto no sólo nos recuerda que debemos pedirle y agradecerle a Dios diariamente por la comida y otras cosas físicas, sino también que debemos pedirle ayuda para disfrutar de su Palabra todos los días. Dios quiere que entendamos que estudiar la Biblia nos permite conocerlo y que es fundamental alimentarnos espiritualmente todos los días.

Debemos ver la Biblia como nuestro alimento. La Biblia contiene las palabras inspiradas de Dios que guían y sostienen nuestra vida. Jesucristo dijo: “No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4).

“Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”

¿Cuáles son nuestras deudas? Todos hemos pecado y hemos sido destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23). Todos pecamos constantemente y necesitamos buscar perdón.

Juan enfatizó la importancia de confesarle a Dios nuestros pecados específicamente: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

Jesús relaciona nuestra búsqueda del perdón de Dios con perdonar a los demás.

Si no perdonamos y olvidamos los pecados que otros han cometido en contra nuestra, no hay manera de que seamos perdonados. Como dijo Cristo, “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mateo 6:14-15).

“Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal”

Satanás el diablo es el acusador de los hermanos (Apocalipsis 12:10) y es malvado. Es un ser muy astuto e ingenioso que odia a quienes aman a Dios. Nunca cejará en sus malvados intentos de tentarnos para que pequemos y así separarnos de nuestro Padre celestial.

Pero, si le pedimos ayuda a nuestro Dios Todopoderoso y nos acercamos a Él, Él puede librarnos de este mal (Santiago 4:7-8).

Debemos orar constantemente para que Dios nos libre de las tentaciones y nos fortalezca ante los ataques del maligno (Efesios 6:16).

“Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos”

Después de su resurrección, Jesús estuvo con sus discípulos por otros 40 días. Fue en ese momento cuando le preguntaron si restauraría el Reino de Dios en ese tiempo (Hechos 1:6).

Una de las cosas que Jesucristo hará cuando regrese a la Tierra es establecer el Reino de Dios y *todos* los reinos del mundo se acabarán (1 Corintios 15:24). ¡Qué evento tan impresionante!

Como Cristo dijo más adelante en este sermón, debemos “[buscar] primeramente el reino de Dios” (Mateo 6:33). Nuestro deseo de que venga su Reino se demuestra cuando pedimos por ello al principio y al final de nuestras oraciones.

Esto debería estar siempre en nuestra mente y nuestras oraciones.

“Amén”

Los Evangelios, casi todas las epístolas (exceptuando Santiago y 3 Juan) y el libro de Apocalipsis terminan con la palabra “Amén”.

Al decir “Amén” significa que certificamos que lo anterior es cierto. En esencia, estamos diciendo: “Que así sea”.

En Mateo 6, Cristo nos enseña a comenzar nuestras oraciones dirigiéndonos a nuestro Padre celestial y terminarlas diciendo “Amén”. Además, tenemos el increíble privilegio de agregar “en el nombre de Jesucristo” antes de finalizar (Juan 14:13-14).

¡Utilice sus propias palabras!

Las explicaciones anteriores del modelo de oración que Cristo les enseñó a sus discípulos no son un guion que debemos recitar diariamente al orar.

A medida que oramos con nuestras propias palabras, evitando las vanas (ineficaces, insustanciales y fútiles) repeticiones de las cuales Cristo nos habló, podremos comenzar a acercarnos más a nuestro Padre celestial y a nuestro Salvador Jesucristo.



“Donde está tu tesoro”

El dinero no compra la felicidad, ¡pero a todos nos gustaría encontrar un tesoro oculto! ¿Qué es lo que más valoramos en la vida? Jesús dijo que donde esté nuestro tesoro, ahí estará nuestro corazón.

Poco después de enseñarles la oración modelo, Jesús dijo: “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21). Para comprender cómo esto se aplica a nuestra vida, puede ser útil pensar en todo el concepto de tesoro: lo que más valoramos en la vida.

Es fascinante leer acerca de tesoros perdidos y encontrados.

Tesoro escondido en Inglaterra

En noviembre de 1992, cerca de Suffolk, Inglaterra, un granjero perdió un martillo. Él pensó que lo había extraviado en algún lugar de su tierra. Después de buscarlo infructuosamente, le pidió ayuda a un amigo que tenía un detector de metales.

La búsqueda con el detector de metales descubrió algunos cubiertos de plata —y algunas monedas antiguas. El granjero y su amigo dieron aviso a las autoridades y vino un equipo arqueológico para excavar el sitio.

Cuando se completó la excavación, se recuperaron cerca de 15 mil monedas romanas de los siglos IV y V, además de los cubiertos de plata.

El valor estimado en 1993 fue de ¡cerca de 1,75 millones de libras (aproximadamente 3,5 millones de dólares)! El valor en moneda actual sería mucho mayor.

¿Qué es lo más valioso para usted?

Aunque las historias de tesoros no son tan escasas, la mayoría de nosotros jamás encontrará tesoros escondidos en el curso de su vida. Pero todos tenemos que enfrentar decisiones acerca de lo que consideraremos valioso. Tal vez estemos sentados en un tesoro escondido —o en peligro de perder uno.

Aunque a la mayoría nos gustaría tener más dinero, el antiguo refrán es cierto: “el dinero no puede comprar la felicidad”.

Ni el dinero ni la pobreza nos traen felicidad automática. Aunque eso no significa que no podamos disfrutar del dinero; si usamos las riquezas correctamente, pueden darnos muchas ventajas y podemos compartirlas para beneficiar a muchos.

Para determinar lo que es verdaderamente valioso en la vida, tenemos en cuenta la relación entre el tiempo y el valor. Si algo no dura mucho, ¿cuán valioso puede ser? Aunque lográramos heredar o amasar una fortuna en nuestra vida, no la “podemos llevar con nosotros”, como dice el refrán.

Cualquier fortuna, sin importar la cantidad, se convierte en algo sin valor para su dueño en el día de su muerte.

Tesoros en la Tierra

Jesucristo aconsejó acerca de lo que verdaderamente es valioso: “no os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:19-21).

Jesucristo estaba describiendo la forma en que las riquezas eran adquiridas y valoradas en su época, así como la forma en que comúnmente se perdían éstas.

Por ejemplo, los vestidos podían ser muy valiosos en aquella época, especialmente si eran adquiridos al comerciar y traerlos en embarcaciones de tierras lejanas. Sin embargo, los vestidos podían ser destruidos por las polillas.

Las monedas y los metales preciosos podían corroerse o devaluarse. Era común que un tesoro se enterrara en los campos o se escondiera en las casas. En ambos casos, los ladrones podrían descubrirlos y llevárselos.

Actualmente hay muchas otras formas de adquirir y medir la riqueza y también tenemos nuevas formas de perderla. Pero los principios básicos siguen siendo los mismos.

¿Cómo podemos hacernos tesoros en el cielo?

¿Qué quiso decir Cristo con “haceos tesoros en el cielo”?

Cristo demostró que los tesoros en la Tierra son temporales y físicos. Pueden satisfacer nuestras necesidades inmediatas y podemos aprovecharlos en esta vida, pero su vida útil es limitada y no tienen valor duradero.

Los tesoros en el cielo, en cambio, son eternos y espirituales.

En un salmo mesiánico, el rey David escribió acerca de descansar en la esperanza hasta que Dios “[nos muestre] la senda de la vida; en [su] presencia hay plenitud de gozo; delicias a [su] diestra para siempre” (Salmos 16:11).

Aunque nuestra herencia y los tesoros eternos ahora se encuentran en el cielo, Cristo los traerá con Él cuando regrese para resucitar a los santos y gobernar con ellos en la Tierra (Mateo 16:27; Colosenses 3:4, 23-24; 2 Timoteo 2:11-12; Apocalipsis 5:10; 20:6; 22:12).

Descubra más en los artículos de Vida, Esperanza y Verdad: “¿Qué es el cielo?” y “¿Vamos al cielo cuando morimos?”

El libro de Hebreos nos da un consejo similar acerca de la naturaleza

permanente del tesoro verdadero. El autor trató de animar a estos primeros cristianos del Nuevo Testamento que habían tenido tantas pruebas.

Él escribió: “Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos” (Hebreos 10:32-34).

Ambos pasajes bíblicos nos dicen que hay algo realmente valioso que perdura más allá de la vida humana. Ambas afirmaciones nos dicen que el tesoro verdadero merece más de nuestro tiempo y esfuerzo que las riquezas temporales.

¿Cuánto vale un verdadero tesoro?

Jesús dijo algo más acerca de lo que vale un verdadero tesoro —un tesoro que dura más allá de esta vida.

Habló de esto en dos parábolas acerca del Reino, la parábola del tesoro escondido y la parábola de la perla de gran precio.

Parábola del tesoro escondido

Veamos Mateo 13:44, “Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo”.

La imagen que utilizó era una costumbre de aquella época: enterrar el tesoro en un campo. El tesoro que está descrito aquí, sin embargo, es digno de todo lo que posee la persona.

Parábola de la perla de gran precio

La parábola siguiente nos da el mismo mensaje: “También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía y la compró” (Mateo 13:45-46).

El “reino de los cielos” es descrito como un verdadero tesoro —un tesoro que es digno de más de lo que podamos poseer en esta vida física. La analogía en las parábolas es la de intercambiar las posesiones personales por un tesoro que perdura.

¿La lección? No existe ningún tesoro terrenal que sea más valioso que el Reino de Dios. Buscar ese Reino debería ser la prioridad número uno de nuestra vida (Mateo 6:33; vea “[Buscad primero el Reino de Dios](#)”).

Donde está su tesoro

Todo tesoro terrenal es de naturaleza fugaz aunque no sea por otra razón que las limitaciones de la duración de la vida humana lo hacen así. Por ejemplo, los antiguos faraones de Egipto eran enterrados con su gran riqueza, pero esos tesoros fueron o robados o enviados a los museos.

El hombre no tiene forma de extender indefinidamente la vida. Lo que ocurra con su riqueza después de la muerte se escapa de su poder. Todas las posesiones terrenales dejarán de ser nuestras en el momento en que muramos.

Al final de enseñarnos acerca de los tesoros terrenales, Jesús nos dijo cómo debíamos vivir nuestra vida, con esto en mente: “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21). Otra vez, en el contexto de esta analogía acerca del tesoro y la riqueza, Él nos dice cómo debemos vivir nuestra vida de acuerdo con lo que deben ser nuestras prioridades.

Debemos reflexionar profundamente en las palabras de Jesucristo. Las verdades eternas de Dios y su Reino venidero deberían ser el enfoque principal de nuestra vida.

¿Dónde está su tesoro? ¿Dónde está su corazón?



“No os afanéis por
vuestra vida”

¿Cómo pretendía Jesucristo que sus discípulos no se preocuparan?
Las imágenes de las palabras en su Sermón del Monte nos ayudan
a entender una fuente de preocupación —y la solución.

Jesús caminó y enseñó en medio del turbulento y peligroso mundo del primer siglo controlado por el poderoso —y en ocasiones despiadado— Imperio Romano.

A pesar de esto, en medio del Sermón del Monte, les dice a las multitudes que dejen de preocuparse: “Por tanto os digo: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?” (Mateo 6:25).

Cristo continuó explicando este punto en los versículos 26 al 34.

¿Cómo esperaba Cristo que sus oyentes, muchos de los cuales eran pobres, vivieran sin preocuparse por las cosas materiales?

La respuesta está en las metáforas que Él utilizó para abordar el tema de la preocupación.

Tesoros en el cielo

La primera metáfora que Jesús utilizó nos muestra la diferencia entre dos tipos de tesoro:

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (vv. 19-21).

Jesús no describió explícitamente los tesoros que se guardan en el cielo ni los terrenales. Se enfocó más en cómo se pueden perder esos tesoros.

Cuando se refiere a las polillas, está mencionando un peligro para las telas, en especial la ropa. Es posible que no veamos la ropa como un tesoro, pero en ese momento en Judea y Galilea, la ropa era hecha a mano y era muy costosa. En ese entorno, la persona del común tenía menos prendas para vestir y la moda cambiaba con mucha menos frecuencia.

Por estas razones, cuando una persona moría y tenía ropa que no se había desgastado, podía pasar a sus herederos. De hecho, cuando Jesús fue crucificado, los soldados romanos echaron suertes para decidir quién se quedaba con su ropa (Mateo 27:35). Por lo tanto, las polillas representaban una amenaza para la riqueza, de una forma en que el lector moderno no se podría imaginar. El punto es que, los tesoros en la tierra son vulnerables a la corrupción.

Los objetos más duraderos pueden ser objeto de robo. Los hogares comunes del primer siglo ofrecían poca seguridad para que cualquier persona guardara unas monedas o un ungüento costoso en casa. Un ladrón

decidido podía irrumpir en una residencia y llevarse lo que quisiera. En pocas palabras, Jesús estaba señalando la temporalidad de todas las cosas en este mundo material.

En lugar de identificar los tesoros terrenales, Jesús señaló cuan vulnerables eran al deterioro y el robo. Parece que hace más énfasis en el lugar donde se almacena, que en el tesoro en sí.

¿Las riquezas o Dios?

Jesús utilizó otra metáfora: “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24).

Para comprender esta metáfora, primero debemos saber qué son las riquezas. La palabra es aramea y se refiere a los ricos o riquezas materiales. Este versículo en Mateo personifica la riqueza, planteándola como uno de los dos posibles señores —las riquezas o Dios.

La palabra *amo* significa señor, gobernante o dueño de un esclavo —alguien que puede decirle qué debe hacer. (Durante el primer siglo, la esclavitud era común en todo el mundo romano.) Discípulos, súbditos y esclavos le debían lealtad absoluta al amo.

El Comentario bíblico del expositor cita al teólogo John R. W. Stott: “detrás de la elección entre dos tesoros (el lugar donde los almacenamos) y dos visiones (donde fijamos nuestra mirada) yace la decisión más básica para elegir entre dos señores (a quién vamos a servir)”.

Las imágenes nos muestran un cuadro

Lo que hizo Jesucristo fue centrar nuestra atención en el panorama completo. Debemos decidir si los tesoros en la Tierra (representados por lo físico o material) son más importantes que los tesoros en el cielo (representados por las cosas espirituales).

Cuando reconocemos que el aspecto espiritual es más importante, el valor que le damos a nuestros recursos físicos cambia. Ese cambio, ese giro afecta la manera en que tratamos y vemos a las demás personas. Básicamente, vemos nuestra riqueza terrenal como un regalo que Dios nos da, no sólo para nuestras necesidades, sino como un recurso que nos permite amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Marcos 12:31).

Esta habilidad se convierte en un tesoro celestial, porque por medio de este amor al prójimo demostramos nuestra voluntad de servir y amar al Padre:

“Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1 Juan 4:20).

Pero la ambición y el egoísmo no son las únicas formas en que las riquezas pueden convertirse en nuestro dios. También podemos caer en la trampa por un motivo muy diferente:

“No os afanéis”

En Mateo 6:25-34, Jesús dijo:

“Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal”.

Preocupación y codicia

En Mateo 6:25, Él comenzó con un término que se traduce como “por tanto”. Esta expresión nos permite saber que Jesucristo vio una conexión entre lo que Él acababa de decir y lo que iba a discutir en ese momento. Además, al mencionar la ropa (vv. 28-30), Jesús hizo una referencia muy clara a los tesoros terrenales que había mencionado anteriormente (vv. 19-21).

¿Qué conexión hay entre la preocupación, la codicia y la falta de interés en las otras personas? La relación se hace evidente cuando empezamos a analizar la motivación principal de cada una. La codicia, la lujuria y la avaricia provienen de un deseo por controlar nuestras necesidades y deseos materiales. Sucede lo mismo con la preocupación por las cosas materiales.

Básicamente, la codicia y la preocupación pueden ser las dos caras de la misma moneda.

Muy a menudo, el afán proviene del temor de cosas que no podemos controlar —el temor de que todo podría salir mal y empeorar nuestra vida. Cuando dejamos que la preocupación o la ambición motiven nuestras acciones, nuestro deseo de tener control y el temor de *perderlo*, pueden interponerse entre nosotros y nuestra relación con Dios.

Buscar primero el Reino de Dios

Gran parte de la audiencia de Cristo en el primer siglo debió llegar a la conclusión de que no eran codiciosos. Muchos de nosotros creeríamos lo mismo en este momento. Sin embargo, muy pocos de nosotros podríamos asegurar que llevamos una vida sin preocupaciones.

A explicar la transición de la codicia a la preocupación, Jesús dejó claro que todos nosotros necesitamos pensar realmente en dónde están nuestros tesoros y a quién le debemos nuestra lealtad. Incluso cuando no estamos codiciando bienes materiales de una manera activa, es posible que estemos sirviendo a las riquezas en vez de a Dios.

Esto no significa que debamos vivir sin un derrotero económico, sin planificación o sin trabajar arduamente. Lo que significa es que después de que hagamos todo lo que podemos hacer, confiamos en que Dios nos proveerá. Jesucristo les aseguró a sus seguidores que el Padre conoce todas nuestras necesidades (v. 32) y luego los exhortó: “buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia” (v. 33).

Reconocer que no podemos tener el control absoluto de nuestra vida requiere de humildad. Por esta razón, más adelante el apóstol Pedro animó a los cristianos diciendo: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:6-7).

Si desea conocer los consejos bíblicos para vencer la preocupación, lo invitamos a ver nuestros recursos en línea: “[Cómo vencer la ansiedad](#)”, “[Cómo enfrentarnos a la ansiedad](#)” y “[Cómo encontrar la paz mental](#)”.



“No juzguéis, para que no seáis juzgados”

Jesucristo dijo: “No juzguéis”. ¿Significa esto que nunca debemos juzgar a nadie? ¿Es incorrecto pensar que la conducta de otra persona es equivocada? ¿Cómo debemos juzgar?

“No juzguéis, para que no seáis juzgados” (Mateo 7:1).

Estas palabras de Jesús son de las más conocidas y citadas. Muchos las usan para protegerse del juicio de otros o para no dar su opinión acerca de algo incómodo.

Pero ¿qué quiso decir Jesucristo realmente? ¿Condenan sus palabras toda clase de juicio humano?

Saca la viga de tu ojo

Uno de los principios básicos para estudiar la Biblia es considerar un versículo en su contexto. Veamos el contexto de Mateo 7:1.

En los versículos 3 al 5, Cristo usó la clara (y contundente) analogía de una persona que tenía una viga enorme en su ojo e hipócritamente intentaba sacar una pequeña paja del ojo de alguien más:

“¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano”.

El mensaje es que primero debemos trabajar en nuestras propias falencias —un concepto que se destaca en 2 Corintios 13:5, donde Pablo advierte a los creyentes: “Examinaos a *vosotros mismos* si estáis en la fe”.

Nuestro enfoque principal debe ser examinarnos y juzgarnos a nosotros mismos.

¿Qué significa juzgar?

La palabra griega traducida como juzgar es *krino*, que también significa “pronunciar una opinión en cuanto a lo correcto e incorrecto”, “condenar”, “opinar”, “estimar” y “pensar” (*The KJV New Testament Greek Lexicon* [Lexicón griego del Nuevo Testamento KJV]).

Esto parece confirmar que los cristianos no deberían formarse o expresar opiniones acerca de los demás.

Más de lo que parece

Sin embargo, las palabras de Jesucristo en Mateo 7:1 van más allá de esto, tal como vemos en el versículo siguiente. Al juntar ambos versículos leemos: “No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido”.

Aquí, Cristo está asumiendo que las personas van a juzgar a los demás. Pero advierte que debemos tener mucho cuidado al hacerlo, pues cada uno de nosotros será juzgado con el mismo parámetro con que mide a otros.

En otras palabras, si tendemos a buscar los errores de los demás y juzgarlos duramente, deberíamos estar preparados para recibir las mismas críticas y juicios.

Versículos acerca de juzgar

Otra de las reglas básicas para estudiar la Biblia es analizar los versículos en un contexto aún más amplio, considerando otros versículos similares que traten el mismo tema. De esta manera podremos comprender mejor lo que Dios intenta decirnos a través de su Palabra y evitaremos malinterpretarla por tener sólo una perspectiva.

Otros versículos de la Biblia nos dicen que debemos *aplicar juicio* (la misma palabra griega que usó Jesús) en las situaciones que experimentamos durante nuestra vida. Pablo reprendió a los creyentes corintios que acudieron al sistema judicial en lugar de tomar decisiones y juzgar por ellos mismos (1 Corintios 6:2). De hecho, dijo que es vergonzoso abstenernos de juzgar las situaciones que enfrentamos (vv. 4-5).

Un cristiano debe juzgar

Además, refiriéndose al discernimiento espiritual, el apóstol Pablo dijo que “el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie” (1 Corintios 2:15).

En este pasaje, la palabra griega traducida como “juzgar” es *anakrino*, que comparte la raíz del término utilizado por Cristo en Mateo 7. Esta palabra significa: “examinar o juzgar”, “investigar, comprobar, inquirir, escudriñar, indagar, cuestionar”, “llevar a cabo una investigación, específicamente en el campo de las ciencias forenses”, “interrogar”, “observar al imputado o testigo”, “ser juez de algo, estimar, determinar (la excelencia o deficiencia de algo o alguien)” (*The KJV New Testament Greek Lexicon*).

Entonces, ¿1 Corintios 2:15 nos muestra una nueva perspectiva con respecto a si un cristiano debe juzgar o no! Pero ¿cómo reconciliar estas dos posturas que parecen tan diferentes?

Un cristiano debe juzgar la probidad de una acción según la ley de Dios, pero no debe “juzgar” a una persona para condenarla. Es decir, debemos investigar, analizar y llegar a una conclusión con respecto a las obras, pero sólo Dios tiene la autoridad para juzgar a quienes las hacen.

Sólo Dios puede juzgar los corazones de las personas. Él es el único que podrá dictar nuestra sentencia final, sea la vida eterna o la muerte definitiva. En Romanos 2:1, el apóstol Pablo nos advierte acerca del peligro de emitir este tipo de juicio, explicando que, si condenamos a los demás, no escaparemos del juicio de Dios (v. 3).

Si juzgamos y condenamos el carácter de otra persona, ¡estamos en peligro de que Dios haga lo mismo con nosotros!

No condenar, sino juzgar justamente

Por lo tanto, las palabras de Jesucristo en Mateo 7:1 nos enseñan que *no debemos condenar* a los demás. Y esto es aún más claro en la escritura paralela, donde leemos: “No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados” (Lucas 6:37).

Sin embargo, Dios espera que los cristianos emitamos juicios, como dijo Pablo: “Esto es lo que pido en oración: que el amor de ustedes abunde cada vez más en conocimiento y en buen juicio, para que discernan lo que es mejor, y sean puros e irreprochables para el día de Cristo” (Filipenses 1:9-10, Nueva Versión Internacional).

¿Cómo quiere Dios que juzguemos? Quiere que juzguemos según su estándar de justicia, lo cual requiere que estudiemos su Palabra y pensemos detenidamente acerca de cómo aplicarla.

El apóstol Pablo pidió en oración que los creyentes tuviesen suficiente conocimiento o *discernimiento* para *aprobar* lo mejor.

La palabra “aprobar” es otra muy interesante, pues proviene de *dokimazo*, que significa: “probar, analizar, escudriñar (para comprobar la legitimidad de) un metal”, “reconocer la autenticidad de algo luego de examinarlo, aprobar, considerar como valioso” (*The KJV New Testament Greek Lexicon*).

En tiempos de Pablo, los fiscalizadores del comercio examinaban, *dokimazō*, las monedas para asegurarse de que fueran genuinas. Asimismo, los cristianos debemos pensar profunda y críticamente acerca de las cosas. No “criticar” con el afán de ser negativos, pero sí ser críticos en el sentido de ser cuidadosos y exactos.

En 1 Corintios 10:15, ¡Pablo incluso les dijo a los corintios que juzgaran sus palabras! Y nosotros le pedimos lo mismo a usted: no dé por sentado lo que decimos. Analice las escrituras que hemos citado, compruebe la Palabra de Dios y ponga en práctica las verdades que ha aprendido.

No juzgar por las apariencias

Pero ¿con cuáles estándares debemos juzgar y formarnos una opinión de las cosas? ¿Según nuestras propias creencias? ¡Claro que no!

Jesucristo nos enseña: “No juzguéis según las apariencias, sino *juzgad con justo juicio*” (Juan 7:24, énfasis añadido).

Y la única manera de hacerlo es estudiando regularmente la Palabra de Dios —el *único* estándar verdaderamente justo— y *viviendo* según sus leyes. Tal como dijo el apóstol Pablo, los Diez Mandamientos son nuestro manual para diferenciar entre el bien y el mal (Romanos 7:7).

Como cristianos, nuestro objetivo es vivir según el estándar de Dios; pero sólo podemos hacer eso si aprendemos a juzgar entre lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo. Nuestro trabajo no es condenar a otros, sino juzgar todas las cosas justamente y permitir que el estándar de justicia de Dios transforme nuestra vida.



“Trata a los demás como querrías que te trataran a ti”. Seguir la regla de oro mejorará su relación con los demás y con Dios.

En Mateo 7:12, Jesucristo expresó lo que se conoce como la regla de oro. Pero esta instrucción en realidad comienza en el contexto del versículo 7, donde leemos que podemos acudir a Dios cuando tenemos necesidades, y Él nos proveerá: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”.

Los versículos siguientes amplían esta idea. Tal como un padre humano amoroso les da buenas cosas a sus hijos, Dios les da buenas cosas a quienes se lo piden (vv. 9-11).

El versículo 12 concluye diciendo: “*Así que*, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas” (énfasis añadido).

La expresión *así que* indica que hay una relación entre la regla de oro y los versículos anteriores, donde Cristo asegura que si le pedimos ayuda a Dios, la recibiremos.

Dios quiere ayudarnos

Dios siempre quiere ayudarnos: “todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mateo 7:8).

Además, en Santiago 1:17 leemos que “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación”.

La regla de oro muestra que a Dios le importa cómo tratamos a otros

¿Afectan nuestras acciones la manera en que Dios responde nuestras oraciones?

La respuesta es *sí*. Muchas escrituras revelan que nuestra forma de vida —específicamente nuestro trato hacia los demás— determina la manera en que Dios nos trata a nosotros. Dos de estos pasajes son parte del Sermón del Monte.

El primero se refiere a una de las “Bienaventuranzas” de Mateo 5: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (v. 7). Obviamente, todos queremos misericordia cuando la necesitamos, pero ¿somos nosotros misericordiosos con los demás? Dios espera que lo seamos si queremos tener misericordia de su parte.

Más adelante, Cristo aplica el mismo principio en la oración modelo de Mateo 6, esta vez hablando del perdón: “perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (v. 12). Nuevamente

vemos una clara conexión entre nuestra capacidad de perdonar y el perdón de Dios hacia nosotros.

Como vimos en el capítulo anterior, Jesús dijo que su juicio hacia nosotros dependerá de cómo juzguemos nosotros a los demás. “No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido” (Mateo 7:1-2). Jesucristo es nuestro juez (2 Timoteo 4:8), así que cuando juzgamos a otros, estamos estableciendo el estándar que Él usará para juzgarnos.

Con esto en mente, recordemos lo que nos dice Mateo 7:7: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”. Maravillosa promesa, ¿no es así? Y el versículo 8 la reitera asegurando que quien pida recibirá, quien busque hallará y a quien llame a la puerta se le abrirá.

Sin embargo, también debemos recordar que Dios es superior en conocimiento a todos y siempre sabe perfectamente lo que nos conviene y lo que no, y cuál es mejor momento para tenerlo.

¿Nos ayuda Dios siempre que se lo pedimos?

En Santiago 1:17 vimos que “Toda *buena* dádiva y todo don *perfecto* descende de lo alto” (énfasis añadido). Si un niño pequeño pidiera una motocicleta para ir a la escuela, ¿se la daría un padre amoroso? Obviamente no, porque sería demasiado peligroso para él. De la misma manera, puede que Dios no nos dé lo que pedimos porque es malo para nosotros, pero a cambio nos dará algo que sí nos haga bien.

“Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Santiago 4:3). La palabra griega traducida como “mal” en este pasaje es *kakos*, que se refiere a una petición “inapropiada o incorrecta” (*Thayer’s Greek-English Lexicon of the New Testament* [Diccionario griego-inglés del Nuevo Testamento de Thayer]). En otras palabras, Dios no responderá a una petición cuyo resultado nos alejará de Él.

Nuestra limitada perspectiva humana a veces nos impide ver el plan que Dios tiene para nosotros a largo plazo. Sí, podemos estar seguros de que Él quiere lo mejor para nosotros y desea darnos buenas cosas, pero esto no significa que siempre recibiremos lo que deseamos. Dios nos dará siempre lo que necesitamos.

Por ejemplo, analicemos la experiencia del apóstol Pablo al pedir la sanidad: “tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por

tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2 Corintios 12:8-9).

Dios no estaba ignorando la petición de Pablo, pero su debilidad era parte de su plan para el apóstol. A través de su gracia, Dios le dio la fuerza para seguir adelante a pesar de sus dificultades físicas; y Pablo decidió continuar, sabiendo que la voluntad de Dios sí se estaba cumpliendo en su vida.

Ahora, también puede suceder que Dios haga que tengamos que esperar su respuesta para que desarrollemos paciencia y carácter. Uno de los ejemplos más inspiradores de esto es el de Abraham, quien tuvo que esperar 25 años antes de que Dios le diera a Isaac —quien nació cuando Abraham tenía 100 años (Génesis 12:4; 21:2-5).

Aplicar la regla de oro

La versión más común de la regla de oro es: “Trata a los demás como querías que te trataran a ti”. *El diccionario Britannica* define la regla de oro como: “Una regla general de comportamiento según la cual se debe tratar a otros de la manera en que nos gustaría ser tratados”.

Las palabras de Jesús en Mateo 7 reflejan el mismo concepto que encontramos en Levítico 19:18 en el Antiguo Testamento: “No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo el Eterno”.

Cristo también dijo que éste es el segundo gran mandamiento (Mateo 22:39-40). Es el principio que resume los últimos seis de los Diez Mandamientos.

La instrucción de Dios es la misma en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Por eso Cristo dijo acerca de la regla de oro: “esto es la ley y los profetas”. Desde el principio, Dios ha querido que su pueblo muestre amor tratando a los demás como ellos quieren ser tratados. Jesús amplió y realizó este principio durante su ministerio, ¡pero no era una enseñanza nueva ni diferente!

El hecho de aplicar o no la regla de oro en nuestra propia vida tendrá un efecto directo en la forma en que Dios interactúa con nosotros. En el relato paralelo del libro de Lucas encontramos un revelador enunciado que no aparece en Mateo 7. Note lo que Dios espera de nosotros si queremos recibir bendiciones de su parte: “No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro

regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Lucas 6:37-38).

Nuevamente, la manera en que tratamos a los demás es el estándar que Dios usará con nosotros, ¡incluso cuando se trata de bendecirnos!

¿Qué escoge usted?

En nuestra sociedad moderna, muchos promueven la filosofía de buscar el propio bienestar —primero tomar lo que queremos y necesitamos, y después pensar en los demás (si es que lo hacemos). Éste es el camino del “obtener” —el camino de vida natural y egoísta que se caracteriza por ponernos a nosotros mismos primero.

Pero el camino de Dios es el camino del “dar” —el camino de compartir y preocuparnos por los demás. Éste es el camino del amor cristiano; el camino de la regla de oro.

Leamos otra vez la regla de oro en Mateo 7:12: “*Así que*, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas” (énfasis añadido). Recordemos nuevamente que la expresión *así que*, nos conecta con las promesas acerca de pedir, buscar y tocar a la puerta en los versículos 7-11.

¿Qué camino seguirá en su vida? ¿Cómo le gustaría ser recibido por Dios cuando esté pidiendo, buscando y tocando a la puerta? Recuerde que la forma en que trata a otros determina la forma en que Dios lo tratará a usted.



“Estrecha es la puerta”

Jesucristo dijo que si buscamos la vida, debemos “[entrar] por la puerta estrecha”. ¿Estaba desanimando a las personas de convertirse al cristianismo? ¿Por qué la puerta hacia la vida es estrecha?

Al principio de su ministerio, miles de personas perseguían a Jesús como si fuera una celebridad —pero después de su muerte, ese número descendió a unos cientos (Hechos 1:15; 1 Corintios 15:6).

Pronto, sus discípulos descubrieron que ser un cristiano no era fácil. Seguir los pasos de nuestro Salvador implica más que entregarle nuestro corazón. A menudo significa tomar decisiones complejas y hacer cosas difíciles.

Cristo les advirtió esto mientras aún vivía y les aconsejó: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque *estrecha es la puerta*, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:13-14, énfasis añadido).

La puerta estrecha y el camino difícil

La frase “estrecha es la puerta” es en realidad fácil de entender. Una puerta estrecha es más difícil de pasar que una que es ancha, y sólo pocas personas pueden pasar por una puerta estrecha al mismo tiempo.

Jesús estaba describiendo el camino a la vida —la vida verdadera y eterna— como algo que requiere de esfuerzo y enfoque. Sólo un número relativamente pequeño de personas ha logrado entrar por esa puerta.

Pero entrar por la puerta es sólo el primer paso. Luego Cristo dijo: “angosto [es] el camino que lleva a la vida” —aquí estaba explicando lo difícil que es el camino cristiano.

“Angosto” proviene de la palabra griega *thlibo*, que significa: “exprimir (como las uvas), presionar con fuerza; un camino comprimido, estrechado, reducido”. Metafóricamente, la palabra también significa “problema, aflicción, incomodidad”. Si Jesús quería motivar a las personas a que lo siguieran, ¿por qué les dijo a sus posibles discípulos que hacerlo les traería dolor?

Para entender lo que Él quería decir, examinemos algunos de los pasajes en los que Él aparentemente desanimaba a las personas de seguirlo. Lucas nos narra tres encuentros entre Jesús y personas que querían seguirlo mientras Él y sus discípulos viajaban. En cada encuentro nos muestra una razón por la que la puerta hacia la vida es estrecha y angosta.

La puerta estrecha de la incertidumbre

Una de las personas que quería convertirse en discípulo de Jesús hizo una dramática afirmación de compromiso: “Señor, te seguiré adondequiera que vayas” (Lucas 9:57).

Jesús no le respondió: “¡Maravilloso, por favor únase a nosotros!” En lugar de esto, le dijo algo que podría hacerlo desistir por completo o por lo menos hacerlo reflexionar un poco: “Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza” (v. 58).

Jesús estaba ilustrando la incertidumbre que implicaba seguirlo durante su ministerio en el primer siglo. Y si queremos seguir a Cristo en la actualidad, también debemos estar dispuestos a aceptar cierto grado de dificultad y persecución, porque seguiremos *viviendo* en el mundo sin ser *parte* de él (Juan 17:9-19).

La puerta estrecha de la prioridad

La narración de Lucas 9 continúa con Jesús diciéndole a otra persona: “Sígueme” (v. 59). El hombre se disculpó pidiéndole que le permitiera primero enterrar a su padre.

Ya que la costumbre judía era enterrar al muerto lo más pronto posible, es poco probable que el hombre estuviera en una multitud alrededor de Jesús con un padre muerto en casa. Lo más probable era que el hombre le estuviera pidiendo que le permitiera quedarse el tiempo que le quedaba a su padre anciano o enfermo —en realidad un permiso sin límite de tiempo.

Jesús pudo discernir que ésta era una táctica para ganar tiempo, una excusa para no responder al llamado en ese momento, sino en un futuro indefinido cuando fuera más conveniente.

Lucas registra las contundentes palabras con las que Jesús respondió a la excusa del hombre: “Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios” (v. 60). Obviamente, una persona muerta no entierra a nadie. Jesús se estaba refiriendo a aquellos que estaban muertos espiritualmente —personas que no respondían a su enseñanza.

Cristo le estaba diciendo al que podía llegar a ser un cristiano que su llamamiento era infinitamente más importante. Lo mismo es cierto para nosotros: no podemos dedicarnos a seguir a Cristo si tenemos prioridades vagas e indefinidas antes que nuestro llamamiento.

La puerta estrecha del compromiso

Luego, una tercera persona que tenía la intención de convertirse en discípulo hizo una petición aparentemente razonable de regresar primero a su hogar a despedirse de los que estaban allí (v. 61).

A esta persona, Jesús le respondió: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (v. 62).

No podemos saber con certeza, pero esta persona tal vez no estaba tan comprometida como parecía. Jesús podía ver su corazón y consideró necesario recordarle que mirar hacia atrás no era una opción.

La Biblia sólo registra la esencia del intercambio de palabras —lo que necesitamos saber para entender el punto principal. Las tres respuestas añaden claridad a la enseñanza de Cristo de que “angosta es la puerta”.

En este tercer ejemplo la lección añadida es que los cristianos deben mantener sus ojos en la meta —el Reino de Dios.

Una persona que ara, inmediatamente reconoce el punto de esta analogía. Cuando se ara, el agricultor fija sus ojos en una roca, una colina o alguna otra marca, de tal forma que el arado pueda hacer su recorrido en línea recta. Aunque los agricultores modernos con grandes extensiones de tierra utilizan un GPS para lograr esto, el principio sigue siendo el mismo.

Otras puertas estrechas

Unos pocos capítulos después, encontramos otro relato importante acerca de lo que necesitamos hacer para convertirnos en seguidores de Jesucristo.

Dado que una gran cantidad de personas se reunía para escuchar sus palabras, Cristo les dio más ejemplos, no de lo fácil que es el cristianismo, sino de cuán serio es el compromiso de ser un cristiano.

¿Aborrecer a mamá y papá?

En Lucas 14:26 Jesús dijo: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aún también su propia vida, no puede ser mi discípulo”.

La instrucción parece extraña hasta que entendemos el significado del lenguaje original.

La *Biblia de estudio de la NKJV* explica: “‘odiar’ a la propia familia y a su propia vida es algo retórico. Se refiere a desear algo menos que a otra cosa” (nota acerca de Lucas 14:26).

En otras palabras, el amor de un cristiano por la forma de vida de Dios debe ser más grande que el amor que tiene por cualquier otra relación humana y por sí mismo.

Mateo expresa este significado cuando cita a Jesús: “El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí” (Mateo 10:37).

Incluso con esta aclaración, las palabras de Cristo en Lucas 14:26 son inesperadas y, sin duda, describen una puerta estrecha cuando evaluamos nuestras relaciones más importantes. La pregunta es: ¿pondremos nuestra relación con Dios por encima de todas nuestras relaciones humanas? ¿Aceptamos el llamamiento de Dios con tal dedicación y compromiso?

Soportar y superar las pruebas

El siguiente ejemplo es bastante gráfico. Cristo dijo: “Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (v. 27).

En el mundo romano, llevar una cruz era una sentencia de muerte segura, porque, después de llevarla a su destino, la persona era clavada en ella para morir.

Estas palabras son aún más significativas cuando consideramos que, al decir las, Jesucristo estaba consciente de que pronto Él tendría que llevar literalmente su propia cruz. El Hijo de Dios moriría de la manera que lo hacían los criminales comunes.

Así como a los criminales se les hacía llevar el elemento para su ejecución, nosotros debemos estar dispuestos a soportar y vencer las pruebas que enfrentamos como cristianos. Para nosotros, las pruebas no son opcionales o inesperadas, son tan ciertas como el destino de quien lleva una cruz.

Ésta, sin duda, es una puerta estrecha.

“Calcular los gastos”

Luego, Jesús habló de un proyecto de construcción. Él señaló que cualquier constructor responsable analizaría primero el costo de todo el proyecto desde el principio hasta el fin y luego se aseguraría de tener los fondos necesarios para completar el proyecto antes de empezar siquiera.

Comenzar un proyecto de construcción sin tener en cuenta los fondos necesarios para hacerlo, podría dar como resultado un edificio abandonado, a medio construir —un símbolo visual de la falta de juicio del constructor (vv. 28-30).

Este principio también se puede aplicar al hecho de convertirnos en cristianos. Necesitamos entender el costo —los desafíos y las dificultades— que seguro vendrán cuando comencemos a vivir el camino de vida de Dios.

Si entramos en el camino angosto esperando sólo días soleados y felicidad, corremos el riesgo de quedarnos sin fuerza cuando sea hora de enfrentar los días difíciles que seguro vendrán.

Cristo quiere que tengamos una visión realista del futuro, no un optimismo irreal. Los verdaderos cristianos deben aceptar su llamamiento con un entendimiento claro del compromiso y los sacrificios que se requieren. Es por eso que responder al llamado de Dios no debe ser una decisión emocional.

Tenga en cuenta sus recursos

Luego Jesús utilizó la imagen de alguien que va a la guerra. Jesús dijo que un rey o general cuenta sus tropas antes de embarcarse en una pelea contra el enemigo. Pues quiere saber por anticipado si la victoria es posible. Si no tiene los recursos necesarios para ganar, pacta la paz en vez de ir a la guerra (vv. 31-32).

Como cristianos, nuestras batallas son de naturaleza espiritual. En realidad, es imposible que ganemos esta guerra por nosotros mismos. Para convertirnos en cristianos, necesitamos la ayuda del gran poder de Dios, su Espíritu Santo, para poder lograr la victoria en contra de todo pronóstico. Armados con ese poder, podemos esperar la victoria, y la puerta estrecha se convierte en una que vale la pena cruzar.

“Renunciar” a todo lo que tenemos

Para concluir su enseñanza en esta ocasión, Jesús dijo: “Así, pues, cualquiera de vosotros que *no renuncia a todo* lo que posee, no puede ser mi discípulo” (v. 33, énfasis añadido).

La lección aquí es que para poder seguir verdaderamente a Cristo, Él debe convertirse en *lo más importante* de nuestra vida. Debemos estar dispuestos a perder literalmente todo si es necesario para conservar nuestro discipulado. También hay ciertas cosas que inevitablemente tendremos que dejar para convertirnos en cristianos: *debemos eliminar* todo lo que sea pecaminoso o nos tienta a seguir el camino del pecado.

¿Por qué Jesús les diría a las personas que a menos que llenen estos requisitos indispensables, ellos *no podrían* convertirse en sus discípulos, cristianos? Porque la puerta es estrecha y el camino es angosto. Cristo quería que esto le quedara muy claro a cualquiera que decidiera seguirlo.

La puerta estrecha: calidad, no cantidad

Otro pasaje importante de la enseñanza de Jesús acerca de convertirse en un cristiano lo encontramos en Juan 6:25-66. En esta sección encontramos una variedad de interacciones con personas de diferente tipo. Algunos

querían que Jesús repitiera el milagro de multiplicar la comida. Algunos estaban en las sinagogas en las cuales Jesús habló. Y algunos eran líderes judíos que criticaban a Jesús.

Cristo comenzó hablando acerca del maná físico y luego explicó que Él era el verdadero maná y que el camino de salvación era: “el que come mi carne y bebe mi sangre” (vv. 53-56).

Sin entender que Él estaba hablando de los símbolos de la Pascua, el pan y el vino, que representaban su carne y sangre, muchos de los que lo seguían dejaron abruptamente de hacerlo (v. 66).

Superficialmente, el enfoque de Cristo parecería ilógico, ya que sus palabras no animaban al pueblo a seguirlo. Pero es claro que Jesús no quería sólo números.

Más bien, quería que todos los que se convirtieran en sus discípulos —estudiantes o aprendices y miembros del cuerpo espiritual que en las Escrituras se llama “la Iglesia de Dios” (Hechos 20:28)— logran llegar al final. Ellos necesitaban saber que se encontrarían con los desafíos más difíciles de su vida. Hubiera sido irresponsable que Él fallara al preparar sus discípulos.

Dios llama a las personas específicamente

Hay un aspecto más de la “puerta estrecha” que debemos comprender. Cristo dijo claramente que las personas no pueden acercarse a Dios por sí mismas. Es Dios quien inicia el proceso. “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44).

Esto describe el proceso a través del cual el Padre trae (o llama) a una persona. El proceso inicia cuando Dios abre la mente de alguien para que entienda su verdad espiritual: literalmente es una invitación a la salvación.

¿Cómo saber si Dios lo está llamando a usted —si usted realmente está siendo llamado a convertirse en cristiano y seguir a Jesucristo? Responder las siguientes preguntas puede ser de ayuda:

- ¿He aceptado a Cristo como mi Salvador personal (quien me salva de la pena de muerte por mis pecados —quebrantar la ley de Dios)?
- ¿Entiendo la Biblia cuando la estudio?
- ¿He desarrollado una relación con Dios por medio de la oración?
- ¿Reconozco que mi tendencia natural es hacer lo contrario a lo que Dios espera?

- ¿He dejado de rechazar las leyes de Dios a apreciarlas como un estándar de vida?
- ¿Reconozco la necesidad de vivir según las leyes de Dios como respuesta al sacrificio de Cristo por mis pecados?
- ¿Practico el conocimiento que obtengo de la Biblia?
- ¿Me estoy esforzando por obedecer a Dios en todas las áreas de mi vida a medida que descubro sus expectativas?
- ¿He descubierto que, mientras más aprendo y pongo en práctica las verdades de la Biblia, más deseo aprender?

Dios no obliga a nadie a responder su llamado. Nunca lo hará. Depende de usted decidir si responderá a su invitación de ser parte de las “primicias”, el primer grupo de humanos que serán transformados a seres espirituales y entrarán en su Reino.

¡El llamamiento de Dios el Padre es la única forma de entrar por la “puerta estrecha”!

Cristo no deja solos a quienes deciden entrar por la puerta estrecha

Obviamente, Dios no sólo nos da advertencias acerca de las dificultades de ser cristiano. Él también prometió a aquellos que se comprometieran con su forma de vida: “No te desamparé, ni te dejaré” (Hebreos 13:5).

La *Biblia de estudio de NKJV* dice al respecto: “Esta cita es una de las afirmaciones más enfáticas en el Nuevo Testamento. En el griego contiene dos negativos dobles, algo parecido a decir en español: ‘yo jamás, nunca, por ningún motivo te dejaré’. Jesús utiliza la misma técnica para expresar la certeza de la vida eterna a los creyentes (vea Juan 10:28)”.

Usted tal vez ha escuchado el refrán militar de “nunca dejar atrás un hombre”. De forma similar, el Padre y el Hijo están totalmente comprometidos con aquellos que respondan al llamado de Dios.

Cristo hizo una promesa similar después de su resurrección, asegurando que estaría siempre con los miembros de la Iglesia, “hasta el fin del mundo” (Mateo 28:18-20).

¿Qué camino está escogiendo usted?

¿Por qué escogería alguien la puerta angosta, símbolo del camino que los cristianos deben vivir, cuando es un camino tan difícil comparado con el camino fácil y cómodo del mundo?

En las caminatas, hay con frecuencia aventuras, emociones y paisajes

que sólo están disponibles para aquellos que toman el camino difícil. La vía difícil trae recompensas que aquellos que permanecen en la vía fácil y cómoda nunca van a conocer.

De forma similar, la experiencia de estar en la Iglesia trae recompensas increíbles para aquellos llamados por Dios. Se convierten en parte de la familia de Dios ahora. Ellos sirven en su obra. Tienen la motivación de compartir con personas con la misma forma de pensar.

Ellos esperan poder *reinar con Cristo* en el venidero Reino de Dios. Aprecian profundamente ser guiados por el Espíritu Santo y entienden que la santidad tiene sus beneficios para “esta vida presente” y “la venidera” (1 Timoteo 4:8).

¿Qué camino está escogiendo usted? Analice su nivel de compromiso y así podrá saber cuánto está practicando lo que Dios quiere que usted haga. ¿Decir “angosta es la puerta” describe la forma en que usted está viviendo ahora? ¿O está escogiendo la vía fácil y cómoda, que ofrece menos resistencia?

La puerta estrecha siempre será el camino más difícil, pero al final, es el único camino que vale la pena tomar.



13

“Por sus frutos”

“Una manzana podrida pudre toda la canasta”. Los seguidores de Cristo deben producir buen fruto. También deben reconocer a los falsos maestros “por sus frutos” —discernir los malos frutos.

En el Sermón del Monte, Jesús instruyó a sus discípulos acerca de la importancia de dar buenos frutos. También habló acerca de la necesidad que tenían de reconocer el tipo de personas con las que estaban tratando, evaluando los frutos que esas personas daban.

Él simplificó el concepto diciendo: “Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos” (Mateo 7:17-18).

En un huerto, puede que haya árboles que no sean totalmente malos o buenos, pero en la analogía de Jesús, sólo existen dos tipos de árboles espirituales. Aunque un árbol espiritualmente malo puede verse sano y bueno, el resultado final —su fruto— siempre es malo.

Él continuó explicando que no dar frutos no es una opción: “Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego” (Mateo 7:19).

¿A qué se refería exactamente Jesús cuando habló del buen fruto y el mal fruto? ¿Y cómo se manifiesta esto en la vida de un ser humano?

Buenos frutos y malos frutos

Poco antes de su crucifixión, Jesús les dijo a sus discípulos la forma en que ellos podían continuar dando buenos frutos.

Veamos en Juan 15:1-5: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”.

Un poco más tarde esa misma noche, Jesús explicó cómo haría posible que permanecieran en Él y dieran el mismo fruto. Él les iba a enviar el Espíritu Santo después de su muerte —la mente y el poder de Dios— para que permanecieran en Él y los guiara.

“Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo [el Espíritu Santo] enviaré” (Juan 16:7).

El fruto del Espíritu

El Espíritu Santo en nuestra mente produce el fruto de justicia en términos del carácter que tenemos y la manera en que vivimos nuestra vida.

En su carta a los gálatas el apóstol Pablo hizo una lista de algunas de estas características: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gálatas 5:22-23).

De hecho, para permanecer en la viña de Jesucristo, el Espíritu Santo nos debe ayudar para que nuestra mente esté de acuerdo con la suya “derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5).

A diferencia del fruto del Espíritu, el apóstol Pablo describió la clase opuesta de fruto que las personas pueden producir, llamando a esas acciones o actitudes “obras de la carne”. Algunas de ellas son “adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas” (Gálatas 5:19-21). ¡Ésa es una lista bastante ilustrativa de los defectos del carácter!

La Biblia nos anima a examinarnos a nosotros mismos y estar atentos al autoengaño (2 Corintios 13:5; Gálatas 6:4, 7). Debemos estar seguros de que estamos produciendo buen fruto. Los 10 artículos en nuestra sección de “[El fruto del Espíritu](#)” pueden ayudarle.

La responsabilidad personal que los cristianos tienen de producir el fruto del Espíritu en lugar de las obras de la carne es muy clara. Pero ¿qué hay de nuestra responsabilidad de reconocer el fruto que otros producen? Ese reconocimiento va a afectar la manera en que permitimos que el ejemplo de los demás influya en nuestras decisiones y en la manera de vivir nuestra vida.

¿Cuál es el significado de “por sus frutos los conoceréis”?

Es muy útil repasar las instrucciones de Jesucristo a sus discípulos en Mateo 7. Sus palabras acerca de los buenos árboles que dan buen fruto y de los árboles malos que dan frutos malos están en medio de unas advertencias acerca de las personas que van a tratar de engañar a los demás. Él también les dijo a sus discípulos cómo evitar ese engaño.

Dios tiene la capacidad de discernir el corazón y la mente de una persona y saber cuáles son sus intenciones. Como seres humanos, no tenemos ese poder en nosotros y con frecuencia nos podemos equivocar cuando pensamos que sí discernimos las intenciones de las otras personas.

Entonces, ¿cómo evitaremos juzgar erróneamente a otra persona sin dejarnos llevar por alguien que pretenda engañarnos? Jesucristo nos da la

respuesta: podemos evaluar las acciones y resultados consistentes —el fruto del comportamiento de la persona.

Los malos frutos sirven como advertencia para que los seguidores de Jesús se alejen, ya que las manzanas podridas pudren a todas las demás y una persona que engaña puede confundir y corromper a las personas que estén desapercibidas .

“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?” (Mateo 7:15-16).

Después de decirles que los árboles buenos dan buenos frutos y los árboles malos dan malos frutos, Jesús resumió la idea en el versículo 20: “Así que, por sus frutos los conoceréis”.

Fruto de pecado

Lo que sigue es un ejemplo de las personas que “hablan muy bonito”. Son personas que dicen las cosas correctas y parecen ser convincentes con sus actos, pero en verdad sólo producen malos frutos: el pecado y la maldad.

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:21-23).

¡Las palabras piadosas y acciones que al parecer son impresionantes no significan nada si la persona no vive una vida de acuerdo con Dios y sigue el ejemplo de Jesucristo!

Discernimiento espiritual

Al autor del libro de Hebreos profundiza en este concepto cuando habla acerca de nuestra necesidad de tener arraigado el hábito de tomar decisiones basadas en la palabra de Dios y en la capacidad de diferenciar el buen fruto del fruto malo.

“Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el

alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para *los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal*” (Hebreos 5:12-14, énfasis añadido).

La persona que se rige por la Palabra de Dios es capaz de diferenciar el bien del mal. *Nosotros debemos tener la capacidad de discernir* el buen fruto de las obras de la carne.

¿Qué debería hacer usted? Dar buen fruto

¿Cómo puede un cristiano dar buen fruto y al mismo tiempo tratar de no ser engañado por personas que parecen ser de Dios, pero que en realidad no lo son? El apóstol Pablo nos da las respuestas para las dos preguntas en su carta a los colosenses.

Tenga en cuenta que un buen árbol es el resultado de un árbol que fue sembrado en tierra fértil y recibió el cuidado adecuado.

Con esto en mente, analicemos lo que Pablo dice en Colosenses 2:6-10: “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias. Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad”.

Debemos tener nuestro fundamento en la Palabra de Dios y en el ejemplo de Jesucristo. Hacerlo no sólo nos va a permitir dar fruto agradable a Dios, sino que también vamos a poder identificarlo cuando lo veamos.

Al recibir el don del Espíritu Santo de Dios, tenemos la responsabilidad de reconocer y producir un buen fruto delante de Dios en nuestra vida.



Los cimientos ayudan a proteger nuestras casas de los desastres.

¿Sobre qué fundamento está construida su vida? Para podernos proteger de los desastres espirituales, debemos construir sobre la Roca.

Jesucristo ilustraba a menudo sus enseñanzas con parábolas. Algunas de ellas parecen fáciles de entender, pero otras esconden significados muy profundos.

La parábola de los dos cimientos (Mateo 7:24-27; Lucas 6:47-49) es una historia sencilla que resume algunas de las lecciones que Cristo enseñó en el Sermón del Monte. También se le llama la parábola del hombre prudente y el hombre insensato o la parábola de la casa sobre la roca.

Apoyándose en su experiencia como carpintero y su conocimiento de construcción, Jesús demostró la importancia de tener un cimiento adecuado.

La parábola de los dos cimientos

Jesús describió a dos hombres que construyeron sus casas. No mencionó diferencias en sus habilidades o recursos; lo único que varió fue el lugar donde cada uno construyó. Y Jesús dijo que, con base en sus decisiones, un hombre fue prudente y el otro insensato.

El hombre prudente construyó sobre la roca

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca” (Mateo 7:24-25).

El hombre que tomó la mejor decisión acerca de cuál era el lugar para construir se describe como prudente, porque eligió una roca como su cimiento.

Probablemente tuvo dificultades para picar la roca y aplanar la fundación de la casa. Debe haberle tomado mucho tiempo trabajar alrededor de las salientes rocosas y asegurar la estructura. Puede ser un desafío construir sobre terreno rocoso —se requiere de tiempo, paciencia y trabajo duro. Pero el hombre prudente parece haber considerado estos factores y llegado a la conclusión de que valía la pena el esfuerzo.

Construida sobre la roca, su casa podría soportar las inevitables tormentas que vendrían.

El hombre insensato construyó sobre la arena

“Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina” (vv. 26-27).

El constructor insensato no era necesariamente un hombre malo, simplemente le faltaba visión y no era prudente. Tenía la habilidad suficiente como para construir una casa, pero no pensó que el cimiento fuera tan importante como para invertir más tiempo en ello. Al parecer, sólo estaba interesado en el presente y en construir su casa rápido.

Construir sobre la arena era más fácil. Sin necesitar tanto tiempo para preparar el cimiento, seguramente todo el proyecto le tomó poco tiempo. El constructor insensato no parecía interesado en planificar para el futuro.

Pero un tiempo después de que los hombres terminaran sus casas, una fuerte tormenta golpeó a las dos estructuras. Los torrentes de lluvia descendieron por las montañas rocosas, los arroyos y los ríos se desbordaron, y el agua inundó el terreno arenoso.

La casa sobre la roca sobrevivió, pero la casa en la arena fue destruida. “Y fue grande su ruina”, dijo Jesús. En otras palabras, no había nada que hacer.

Lecciones de la parábola de los dos cimientos

Jesús estaba ilustrando el hecho de que podemos vivir de forma prudente o insensata. Todo depende de cuál sea nuestro cimiento. Si ponemos atención a sus palabras y las practicamos, seremos como el constructor prudente. Saldremos airosos de las *inevitables tormentas de la vida* (las pruebas y dificultades) porque sus enseñanzas son principios firmes acerca de cómo vivir con éxito.

Es cierto que seguir a Cristo requiere de esfuerzo, pero vale la pena a largo plazo. Jesucristo dijo que sus palabras son el mejor lugar para construir. Son un cimiento sólido para nuestra vida, nuestra familia, nuestras amistades, todas nuestras relaciones y nuestro futuro.

Pocas personas comprenden la importancia del cimiento que Jesús describió en el Sermón del Monte. Pero algunos de sus oyentes escucharon, meditaron en lo que dijo y “se [admiraban] de su doctrina” (Mateo 7:28).

De acuerdo con sus capacidades, sus discípulos se esforzaron por vivir como Él vivía. Trataron de poner sus enseñanzas en práctica como un camino de vida. Se esforzaron por hacer su trabajo duro y compartieron lo que aprendieron con otros.

Jesucristo es la Roca, nuestro cimiento

Los seguidores de Jesús comprobaron por experiencia que sólo existe un cimiento seguro para vivir una vida abundante: Jesucristo. Ese cimiento incluye su vida, su muerte, su resurrección y sus instrucciones para

nosotros: “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Corintios 3:11).

El apóstol Pablo hizo énfasis en que Jesucristo es la Roca, la piedra angular de nuestro fundamento (1 Corintios 10:4; Efesios 2:20). Cuando hacemos lo que Él dijo, estamos edificando sobre esa base.

El primer paso para edificar sobre la Roca

¿Por dónde comenzamos? El mismo Sermón del Monte nos muestra los primeros pasos a seguir. Debemos estudiar lo que Jesucristo enseñó acerca de la vida y aplicarlo en la nuestra.

Leer los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan nos dará una perspectiva más completa acerca de la vida de Jesús. Sus enseñanzas se basaron en las leyes y los principios revelados en las Escrituras. Leer la Biblia, incluyendo el Antiguo y el Nuevo testamento, ampliará nuestro entendimiento acerca de cómo piensa Dios y el mensaje de Jesús durante su vida en la Tierra.

El apóstol Pablo dijo que la Biblia es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16).

En otras palabras, las Escrituras son un cimiento poderoso para vivir sabia y abundantemente, soportando las inevitables tormentas de la vida y avanzando hacia adelante. La vida está llena de tormentas e inundaciones.

En el Sermón del Monte, así como en toda la Biblia, podemos encontrar la sabiduría y las instrucciones necesarias para cambiar y de esta forma prepararnos para soportar esas tormentas y sobrevivir a esas inundaciones.

Sea un constructor prudente. Edifique sobre la Roca.

Folletos adicionales a considerar

¡Cambie su vida!

Conociendo al Dios de la Biblia

Los Diez Mandamientos: todavía importan

¿Es cierta la Biblia?

El sábado: un regalo de Dios que hemos descuidado

¿Dónde está la Iglesia que Jesucristo edificó?

Acerca de **VidaEsperanzayVerdad**

VidaEsperanzayVerdad.org existe para llenar un vacío crucial en este mundo: la falta de entendimiento acerca del propósito de la vida, ¡la falta de una esperanza realista de un futuro mejor y la falta de verdad!

Ni la religión ni la ciencia han respondido satisfactoriamente estas preguntas, y las personas en la actualidad tienen opiniones divididas, están confundidas, o peor aún, ya ni siquiera les importa. Las antiguas palabras del profeta Isaías hoy suenan más ciertas que nunca: “La verdad tropezó en la plaza” (Isaías 59:14). ¿Por qué? ¿Es porque Dios tenía la razón cuando advirtió que los seres humanos se inclinan a rechazarlo a Él y generalmente deciden no conocerlo?

Estamos aquí para las personas que están buscando respuestas, que están dispuestas a probar todas las cosas y que tienen el deseo de ir más allá del conocimiento que han recibido acerca de Dios, la Biblia, el significado de la vida y cómo vivir. Queremos ayudarles a entender verdaderamente las buenas noticias del evangelio y a cumplir la advertencia de Jesucristo de “Buscar primeramente el reino de Dios y su justicia”.

VidaEsperanzayVerdad.org es patrocinada por la Iglesia de Dios, una Asociación Mundial. Está respaldada por las generosas contribuciones de donadores y miembros de la Iglesia alrededor del mundo, que hacen posible que todo en este sitio sea gratuito, cumpliendo lo que Jesucristo dijo: “de gracia recibisteis, dad de gracia”. Usted nunca tendrá que pagar nada ni se verá económicamente obligado a contribuir en este sitio.

La Iglesia de Dios, una Asociación Mundial tiene congregaciones alrededor del mundo en más de 50 naciones, con sus oficinas principales en Estados Unidos, cerca de Dallas, Texas. Si desea saber más acerca de la Iglesia, puede visitar nuestro sitio **iddam.org**.

Más de VidaEsperanzayVerdad.org



Médite cada día en un versículo. Revíselos en VidaEsperanzayVerdad.org.



Reciba los blogs más recientes de Vida, Esperanza y Verdad tan pronto como se publican. Suscríbase en VidaEsperanzayVerdad.org.



SUSCRÍBASE AL BOLETÍN

¡No se pierda ninguna publicación! Suscríbase para recibir los últimos artículos y actualizaciones en VidaEsperanzayVerdad.org.



¡Lea nuestra revista bimensual que le dará respuestas prácticas a las preguntas que afectan su vida! Suscríbase gratis en VidaEsperanzayVerdad.org.

¡Conéctese con nosotros!



[VidaEsperanzayVerdad](http://VidaEsperanzayVerdad.org)



[Vida, Esperanza y Verdad](http://VidaEsperanzayVerdad.org)



[VidaEsperanzayVerdad](http://VidaEsperanzayVerdad.org)



info@iddam.org